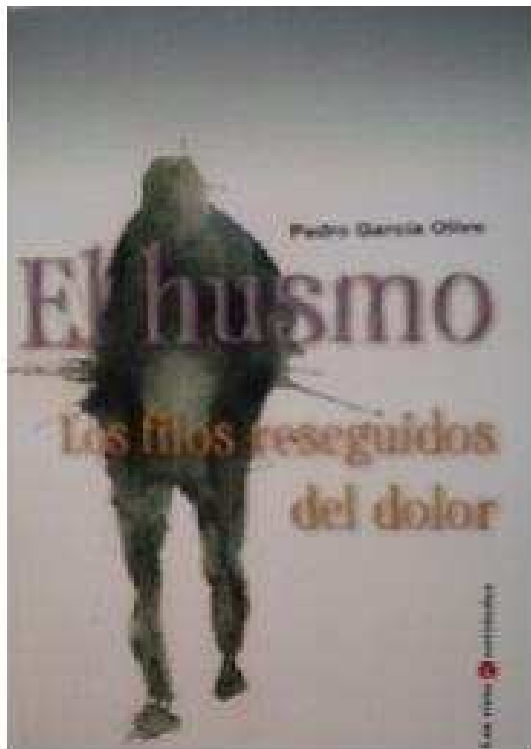


EL HUSMO

Los filos reseguídos del dolor

Texto ofrecido por *Los Discursos Peligrosos Editorial*



Pedro García Olivo

www.pedrogarciaolivoliteratura.com

(Editado en soporte papel por A.C. Las Siete Entidades)

ÍNDICE

1. La sombra del frío
2. La *verdad* prostituta
3. El enigma de las luchas
4. Los filos reseguídos del dolor
5. El husmo
6. Rescoldo del coraje

1)
La sombra del frío

Mi desconfianza mira a su desconfianza y se ruboriza. La suya, más vieja y más acre y más fuerte, ataja mi recelo y, tal el tiempo contra la inocencia, lo extingue...

Un delicado misterio antiguo, aristocrático como un beso en la mano o una reverencia entre el jambaje de la puerta, emana de sus cabellos en orden, encanecidos y abundantes; de la expresión de dureza y cansancio que titila en sus pequeños ojos de pájaro, agazapados tras los gruesos cristales de unas lentes que lo alejan del mundo y lo defienden también de los ojos del mundo; de la grietecilla de su boca y de sus labios finísimos de piedra, que no parecen hechos para acariciar palabras sino para aplastarlas; y, en general, del desabrimiento grave, adusto, hastiado del existir y de los hombres, que relampaguea en su rostro de acíbar las pocas veces en que sonrío, con una sonrisa cargada de seriedad y de tristeza.

La pesadumbre de este hombre, su melancolía implacable, nada dulce, su hartura de vivir y de hablar, procede de las relaciones que en la turbulencia de su pasado mantuvo con la Duda y la Ambigüedad... Trató, durante demasiado tiempo, de evidenciar a los demás quién era y quién no era, dónde hallaba su Cielo y dónde su Infierno. Y procuró convencerlos, alternativamente, de identidades tan opuestas como la noche y el día, el placer y el dolor, la amistad y el odio, porque en ello le iba la vida -o así lo creía.

Late, sin duda, el corazón sosegado del día en el pecho tumultuoso de la noche, dormita el dolor en la vigilia del placer y aún crece una brizna de amistad en el erial inhóspito del odio... Pero él, movido por su lealtad a la Causa o por el agujijón inconfesable del miedo, nada quiso saber de esa inquietante presencia del mal en el bien, de la paz en la guerra, y, exacerbando los antagonismos como un amante desquiciado del absoluto y de la pureza, dijo ser, a unos, Día y Placer y Amistad, y, a otros, a los enemigos de toda luz, corruptores de la esperanza, Noche y Dolor y Odio. *Salvó así la piel, ocultándose de sí mismo entre los suyos, y de los suyos entre las filas del adversario, disfrazándose un día de lo que ya no era y al día siguiente de lo que quería ser, siéndole al fingir y fingiéndose al ser, pero perdió en el trance la frescura y la franqueza. Quedó para siempre en él un algo de flor, pero de flor cortada; y un algo de cuchillo, aunque de cuchillo romo. Quedó algo en él de sombra y de pozo, de frío y de muerte. Quedó él, como la flor de un cuchillo, la sombra del frío, el pozo de la muerte.*

La reserva que despertaba en unos y en otros, de la que era terriblemente consciente, la sospecha que se cernió sobre su lucha y sus ideales como la tempestad sobre un mar calmo, acabó agriándole la risa y nublándole la mirada. Ahora se presenta ante mí sin razón para el embozo, sin motivo ya para la máscara, pero con las muescas que aquella prolongada ambigüedad le había dejado en el rostro -y hasta en el pensamiento. Se presenta ante mí como lo que dice que fue: un enlace de los maquis...

Por los informes que había recabado a propósito de su desconcertante trayectoria (blasonada por su libertad incomprensible bajo el Franquismo, hurtando del modo más oscuro su cuerpo a la voracidad de la tortura), mi desconfianza de los prolegómenos resulta justificada. Pero me basta con percibir su mirar maltrecho, buscando desafiante, desde una lejanía de polvo en la sangre y óxido en el corazón, el fondo zozobroso de mis ojos; me basta con escuchar su voz de cal muerta, ayer ardiente, rezumante de soles y de eras, de verdades palmarias como el sol y amigas como las eras, para sentir que ese recelo inicial se ruboriza y extingue.

La firmeza, un tanto encallecida y ya casi ritual, de su voz enjalbegada refleja una regularidad interior de pensamiento que caracteriza al verdadero hombre de acción. La solidez de su gramática, repiqueteante y cadenciosa, delata una ideología de ángulos bien perfilados, que incluso cuando se corrige y moldea conserva la geometría de sus formas. Aquel hombre había “encarnado” una doctrina, como hoy se dice y ya no ocurre. Había asumido el riesgo de convertirla casi en su segunda piel. Y esa ideología fundida con el cuerpo, que no lo arrastró a la prisión, lo hundió en cambio en el estero de la maledicencia y la injuria. Como pensamiento “trágico”, el anarquismo de la época se distinguía por maltratar de ese modo a sus adeptos: o los empujaba a la muerte heroica e inútil, al encierro en cárceles de espanto e ignominia, o los erigía en prendas de la más corroyente difamación. Félix, enlace de los maquis, secretario comarcal de las Juventudes Libertarias, simpatizante de todas las revoluciones obreras del mundo, pagó cara, aún está pagando, la contingencia de no haber merecido la saña del fascismo. Vio cómo las arenas movedizas de la suspicacia popular amenazaban con sepultar cual vulgar troncón la efigie aguerrida que había pretendido hacer de sí mismo. Cayó el entredicho sobre el pequeño tesoro íntimo que siempre había procurado resguardar de esa especie de expolio que se denomina “calumnia”: la resuelta determinación de su inconcuso compromiso político.

Sentado ante él, con sus ojos hincados en los míos y sus palabras rebanando el silencio, aún noto cómo se desvanece el halo de oprobioso misterio que hasta ahora lo envolvía cual niebla barranquera en torno a un olivo olvidado -un olivo verde plata hecho de llanto y de gritos. Y no acierto a columbrar qué pensara de mí, qué imagen se estará forjando de su desconocido interlocutor. Poco debo importarle... Me verá como un enigma sin mayor interés, sólo uno más. “Un extraño que, por algún motivo, a mí qué más me da, me habla y me pregunta”. Un día antes de este, tan ansiado, encuentro borrajeé, sombrío y maquinal, mi Diario. “*Si le saco a mi dolor una página, ya me duele menos*”, debí pensar.

25 de Febrero de 1993

Miércoles. La semana, herida de muerte; yo, peor... Los próximos sábado y domingo no confortan -les sigue un lunes, y un martes, y un... Las vacaciones de Semana Santa están aún lejos. Tampoco ayudan: después de ellas, todo sigue. El verano augura un nuevo curso. Presidarios con licencia. Sólo pasan los años. Los cabellos, más blancos. Los ojos, más hundidos. Las ilusiones, que también envejecen, parecen aún más hartas de mí que yo de este gran cansancio. No me siento triste. La tristeza se me antoja todavía un sentimiento dichoso. No me asiste el privilegio de poder estar triste. La tristeza empieza y acaba, se distingue del estado de ánimo que la antecede y del que la sustituye. Yo vivo en un sentimiento que parece eterno, que no sé cuando empezó y que no quiere tener fin. Más triste que la tristeza, sin color ni sabor, ni negro ni amargo, hondo sí, áspero, recuerda el filo de una navaja resbalando sobre las venas del cuello. Pero no corta. Ni se va. Resbala, resbala.

Cada día me parece un secuestro, una ofensa. Cada día de trabajo, de no-libertad, de horario y de obligaciones, lo sufro como un ultraje. Mi dignidad disminuye, día a día. Yo disminuyo. De mi orgullo antiguo no queda ni la sombra, ni el humo; tampoco me es grato su recuerdo. Ya no quiero alimentar esperanzas. Me aflige la posibilidad misma de la esperanza. No estoy desesperado; caí de la desesperación, me hundí bajo su suelo. Sólo hallo un alivio en el relato de mi hundimiento -no mi caída, que ya es vieja, sino mi hundimiento más abajo del fondo de toda caída.

Me niego a pensar. Los pensamientos me asquean. Se parecen demasiado los unos a los otros. Siempre están celebrando alguna muerte. Y me

espanta el aire de familia que sorprende en sus rostros de barro y tedio. Aborrezco al sol cegador, al sol ciego, y solo y mudo y vano. Las noches dejaron de antojármese bellas: cierran un día de servidumbre y anuncian la servidumbre del día siguiente. *Si la noche fuera eterna, me daría igual.*

Me han robado los deseos; y ya no deseo ni siquiera recuperarlos. Tampoco me abandono: no me esfuerzo en abandonarme, no me empeño en dejarme llevar. Más que perderme, me entrego a un gran cansancio - cansancio hasta del mismo reposo, el más desnudo de los cansancios.

Si es un dolor lo que me acosa, ese dolor se ceba en la cabeza. Del corazón yo no sé nada. Creo que huyó, o que nunca me avisó de su existencia. A lo mejor todavía habita en mi pecho; pero es como si jamás hubiera latido.

Hay muros contra los que necesito estrellarme una y otra vez... Quiero tropezar siempre, partirme en la piedra las sienas. Si me despejan la vía, no sé para qué andar, no sé hacia dónde. Yo voy, quiero ir, siempre hacia el muro. Pero ahora, sumiéndome en una postración huérfana de razones, lo han abatido. No me he extraviado. Nadie puede desencaminarme. Desbrujaron de una vez todos los muros, que aún es más cruel. Y ya no puedo romperme el cráneo, no puedo tropezar; sólo hundirme, hundirme y ni siquiera caer. Hundirme. Un gran cansancio. Harto de estar harto, agotado, derrotado, amarrado, humillado, azotado, callado. Lúgubre hastío de desear. Gran cansancio.

La compañía me mata. La soledad me entierra vivo. *Donde hay tres, ahí está mi fosa. Donde hay dos, mi juez y mi verdugo. Donde uno, mi víctima. Y cuando estoy solo, algo peor que morir. Aún peor que sufrir. Casi no estar.*

2)

La verdad prostituta

Extinto mi recelo, Félix inicia su relato con un tono de confianza añeja, de denuncia rancia e intempestiva. Herido por la duda acerca de su integridad con que le castigaron los suyos, empieza vengándose del pensamiento que los encandilaba. "Nosotros nos creíamos que íbamos a arreglar el mundo. Que para eso bastaba con que cada uno hiciera lo que su consciencia le dictaba. Pero de ese modo, sin organización, no se pudo ni ganar la guerra". Como reculando ante un enemigo antiguo e invencible (el enigma de su ambigüedad), se apresura a detallarme su filiación revolucionaria. "Yo siempre actué por un convencimiento, por una idea, por una simpatía... Nunca nadie me obligó a nada. Siempre fui demasiado voluntario para esas cosas... Tuve un hermano socialista y otro comunista. Yo era afín a ellos. Pero tenía otras lecturas: *La Revista Blanca*, *Tiempos Nuevos*, números atrasados de *Tierra y Libertad*,... que traían al pueblo personas de Valencia. Y recuerdo que, aunque no entendía mucho, y, por ejemplo, confundía 'antipolítico' con 'apolítico' y 'antirreligioso' con 'irreligioso', yo ya me decía, siendo muy joven, partidario del Comunismo Libertario. También me influyó bastante, para esa toma de postura, una clase que nos dio el maestro de la Escuela Popular de Adultos, pues yo sólo podía instruirme por las noches -y siempre tuve ese anhelo de aprender. Aquel hombre nos habló de unas aves que vivían en las costas de Chile, y que se organizaban de esa forma, y allí no había autoridad, y era como una comunidad, en la que todo era de todos... Aquellas palabras se me quedaron grabadas para siempre... Cuando la guerra, yo ya era Secretario Comarcal de las Juventudes Libertarias. Se puso entonces en marcha la Colectividad de Ademuz, que fue un ejemplo. Y de la que se habla en algunos libros de historia como eso que fue, como un ejemplo."

El naufragio inducido de la República constituyó para Félix la aurora de su desgracia. Disipadas las brumas del albor, nada pudo esconderse a la luz cruda de la mañana fascista. *El país se pobló de carniceros como de perros y buitres un cadáver a la intemperie*. Lo infernante de la represión no halla palabras en que reconocerse; y, sin embargo, a él no se le detuvo. "Las represalias fueron terribles. Mataron a mucha gente. Yo he visto matar a hombres sin ningún motivo. Se llevaron a muchos sin que se sepa la razón, y ya no aparecieron." Y él, un hombre marcado, miembro de la cúpula local cenetista, conocido por todos, impulsor de la colectivización..., continuaba a salvo en el pueblo, en su casa inviolable, paseando por las calles que el miedo vaciaba, sin explicarse por qué le era perdonada su militancia y sin poder explicar a nadie aquel bochornoso trato de favor. Transcurrieron los años y se quedó casi solo. Sus camaradas libertarios conocieron, uno tras otro, como en un pase de lista, la prisión, el exilio o la muerte... En torno a él, aún gozaban de una extraña amarga libertad los cuatro últimos "afines" de Ademuz: Juan, Silverio, Vidal y Ricardo.

Más tarde, el núcleo de los cinco tuvo conocimiento -al igual que el resto de sus convecinos, ni alarmados ni gozosos- de que una partida guerrillera deambulaba por la zona. Frecuentaba determinados molinos, regentados por hombres no muy politizados pero sí viejos simpatizantes de la izquierda; y recalaba en ciertas masías, siempre alejadas, al abrigo de los bosques y de las breñas. Y a Félix le llegaron noticias de que "los del monte" solicitaban su cooperación. Como si hubiera esperado ese momento desde siempre -para escapar de la ambigüedad, demostrar a los demás cuál era su sitio y vengarse del Régimen que de un modo tan perverso lo condenaba al entredicho-, Félix corrió al encuentro de los maquis y puso a su disposición toda su persona.

Se reunió enseguida con sus cuatro compañeros y los convenció sin demasiado esfuerzo de que la lucha continuaba. La colaboración empezó a surtir efecto: inundaron de panfletos las plazas y las fuentes, llevaron misivas de un molino a otro, de una masía a un molino, de éste o aquélla a las cuevas de la Sierra. Aún intervino Félix en acciones más delicadas: aprovechando la alguacilía de Vidal, falsificó una “cartilla de racionamiento”, que hacía las veces de carné de identidad, y se la entregó en persona a un maquis fugitivo, escondido en una majada de Mas del Olmo, que pretendía huir en dirección a la frontera y que con ese papel aún se podría identificar, y quizá salvar la piel, en caso de ser sorprendido por la Guardia.

En otra ocasión, Félix ocultó a un evadido de la cárcel, antiguo militante de la CNT como él, apodado El Jineta, a quien, gracias a la mediación de El Cabrero, pastor ácrata que servía de enlace en Casas Altas y desde siempre fingíase medio loco, guió hasta el escondite de una cuadrilla de guerrilleros en la que el prófugo se integró. El Jineta se hizo maquis -y, según cuentan, un maquis particularmente feroz- para escapar de la Justicia y proseguir su lucha contra el fascismo, ya que no podía dedicarse a otra cosa. Félix, exponiendo la vida, después de contactar e intercambiar la consabida contraseña con El Cabrero, *que no se fiaba de las gentes del valle por el efecto de la humedad y las neblinas sobre los ideales* (“José”, dijo el de Ademuz; “Barcelona”, respondió el de Casas Altas, añadiendo todavía, quedo y rezonglón, un “mucho boira” de su propia cosecha), fue conducido por éste hasta una recóndita gruta de la Sierra, donde se entrevistó con “los del monte” y acordó el día y la hora del encuentro.

Desafiando a la Guardia en una encapotada noche inverniza (“de no ser por el viento, se habrían helado hasta las palabras”), con su carromato, en el que, bajo un atadizo de leña menuda, piñas y aliagas, se ocultaba Mariano El Jineta, Félix atravesó las colinas de Ademuz y alcanzó el muy cauteloso punto de encuentro en el Rento de Barrachina... Mariano fue acogido cálidamente por los guerrilleros, que le cambiaron de apodo en el acto, acaso para conmemorar el día en que se consagraba a una nueva vida. En adelante sería conocido como “Bienvenido”.

Nuestro hombre obtuvo, por sus servicios, la recompensa que tal vez en secreto esperaba: fue detenido, al fin. Antes que él, uno de sus compañeros del grupo de Ademuz padeció asimismo el arresto y la tortura –Juan El Rollico. Félix supuso que, de ese modo, sufriendo en sus carnes la represión y como una víctima de la Dictadura, conseguiría aplacar de una vez el furor de la maledicencia pública. Pero se equivocaba. “Me trataron bien. Nadie se propasó conmigo. No padecí el menor atropello”.

Cuando le pido que me aclare ese suceso, que me detalle el episodio de su encierro y de su increíble rápida liberación, Félix se ensombrece. Cae la noche sobre su mirada. Se apaga su voz como ascua de madera verde. Más que hablar, recita. Me pregunto cuántas veces habrá relatado esa historia. Y por qué parece guardarla bajo un registro particular en el desván de la memoria. “Hay una cosa que me interesaría exponer... La Guardia Civil intentó utilizarme para detener a otros enlaces”. Calla un instante; y nadie interrumpe su silencio, lleno de pesar y de derrota.

“Cuando llegué a la cárcel de Valencia, me llevaron por un pasillo. Vi una cabeza que se asomaba por un ventanuco y que luego se escondía. Las celdas eran de cemento y no tenían rejas, sólo un pequeño ventanuco en lo alto. Las puertas eran también macizas, de madera reforzada... No me habían llevado a la Prisión General, sino a los calabozos del Gobierno Civil... Por aquel ventanuco volvió a asomar la cabeza, y a esconderse. Hizo eso varias veces. Se asomaba y me miraba, y se escondía. Era Juanico El Rollo, con toda la cara desfigurada, como quemada y llena de moretones. Era una cosa terrible de ver... Cuando pasé por delante mismo de su celda, sacó de nuevo la cabeza y

dijo en voz alta: 'Félix, yo..., yo lo he dicho todo. Lo he dicho todo'. Los policías que me llevaban ni siquiera se alarmaron. Y yo supe que El Rollico no decía la verdad. Que le habían obligado a decir eso, o que era una forma de hacerme advertir que estaba allí y que quería comunicarse de alguna manera conmigo... No sé. Pero pensé que Juan no decía en ese instante la verdad. A lo mejor gritó aquello para salvarse, para que creyeran que ya no sabía nada más. No sé..."

"La prisión tenía pocas celdas. Me metieron en la que tocaba con la suya. Esa noche, hablando muy a bonico, El Rollo, a través del muro, me dijo que no había contado casi nada. Que no había hablado de esto ni de aquello. Que sí tuvo que confesar lo otro y lo de más allá... Y así pude yo concordar con él en mi declaración, al día siguiente. Pude yo ir hablando sobre sus palabras, sin entrar en contradicción y sin decir más de lo que interesaba..."

"Cuando terminé mi declaración, el Inspector me dijo que sería puesto en libertad con la condición de que sonsacara a mis compañeros... Quería que me dirigiera a ellos como hasta entonces, que siguiera ayudando a los maquis..., y que lo tuviera informado de sus movimientos a través de un cabo de Ademuz que sería mi contacto. Esperaba detener así a los cabecillas, vigilar a los enlaces y estar al tanto de los planes de la guerrilla -o de 'los bandoleros', como ellos decían. Yo, que tenía miedo como hubiera tenido miedo cualquier otro en aquella situación y en aquel tiempo, le dije que sí. Que lo intentaría. Y me soltaron... Así fue."

Se abre un nuevo silencio, esta vez cargado de duda, de piezas que no encajan, de ecos de miseria y temblores de falsía. No puedo evitar que mi pensamiento relacione esta peripecia con dos o tres flojas películas ambientadas en los confusos días de la Resistencia Francesa. Con dos o tres malas películas. No termino de encontrarle sentido a la exclamación de El Rollico cuando Félix se halla a la altura de su ventanuco: ese "yo lo he contado todo" que no se sabe a quién va dirigido... No entiendo por qué encierran a Félix en la celda contigua; por qué, según parece, se les permite hablar. No comprendo cómo Juan y Félix pudieron hacer que sus declaraciones "concordaran" tan perfectamente, y sin el menor contratiempo... ¿No había ningún agente en el pasillo? La proximidad física de los dos anarquistas, apenas separados por un muro de ladrillos, ¿no despertó en los funcionarios ninguna reserva, ninguna prevención? Tampoco entiendo cómo dejaron salir a Félix sin rastro alguno de tortura -cualquier herida, cualquier contusión o entumecimiento, habría conferido una envoltura de veracidad a su versión del arresto. Me resulta extraño que la Guardia confiara de inmediato en Félix, hombre de la organización cenetista. Y que, si de verdad pretendía utilizarlo, no advirtiera que, liberándolo de ese modo, tan pronto y sin huella de la menor vejación, sembraría al instante la duda entre sus camaradas, se correría el rumor acerca de su deslealtad (salvarse a cambio de cooperar con la policía política) y se sospecharía de su declaración hasta el punto de erigirla en fechoría de un desalmado delator .

Prefiero, no obstante, dejar las cosas así y no importunar a mi interlocutor con los vástagos de una curiosidad anacrónica y enfermiza. No creo que Félix pueda iluminar nada desde esa región de las tinieblas en la que vive desde hace casi medio siglo. Y, por otra parte, no me cuento entre los que dedican su vida al "restablecimiento" de la Verdad, al coleccionismo de las pequeñas innumerables verdades del pasado. Me temo, más bien, que la Verdad, toda verdad pretérita, prostituyéndose al Poder, trabaja asimismo para la policía. Y yo no quiero emponzoñar mi aliento tratando con una u otra, con la policía social o su verdad aherrojante. Las cosas habrán sido como nuestra abyecta Organización pretende que fueron, pero sobre lo que yo digo de ellas ya no impone su égida más que mi proyecto insumiso... *Entre Literatura y Verdad sólo subsiste una relación de higiene, un vínculo de salud pública: la rata de la verdad cae en el cepo de la escritura, muerde su queso y allí muere.*

Lo cierto es que, por alguna razón, la puesta en libertad de Félix se acompañó de varias detenciones en los pueblos de la media montaña colindante. Quienes habían servido alguna vez de enlaces de los maquis, o de simples correos, en las aldeas cercanas, me cuenta mi informador, "huyeron a Valencia pensando que yo los había delatado, o que antes o después los denunciaría... Se fueron El Cabrero de Casas Altas, Máximo de Mas del Olmo, Práxeles El Molinero de El Cuervo, El Cañota de La Masadica, Fabriciano de La Cuesta... Se fueron casi todos, convencidos de que yo era un confidente de la Guardia". Sus tres afines de Ademuz (el cuarto seguía en prisión) permanecieron en el pueblo, pero no fueron a visitarle... "Y yo, recién liberado, no veía la forma de atajar esos bulos, de demostrar que no me había vendido, que era el de siempre. Y hacerlo sin que la policía se enterara. No era fácil. No sabía qué hacer... No dormí en toda una noche, buscando el modo de resolver mi problema. Pero a la mañana siguiente yo ya tenía un plan preconcebido. Fui al bar en el que se reunían mis amigos y, en un reservado, les conté la verdad: 'Mirad, me han dejado en libertad para que os sonsaque. Yo tengo que hacer como que eso es así, como que estoy de su lado, para que no me apresen de nuevo y ya sin esperanza. Pero no voy a contar nada. Vendré por aquí de vez en cuando, entraré y saldré por las puertas de vuestras casas como hasta ahora, pero no diré nada. Les haré creer que os espío; pero, por Dios, no creedlo vosotros...'"

Sus compañeros le creyeron, o hicieron como que le creían... Tampoco tenían otra opción. Pero, más por la fuerza de un temor inconsciente que por una decisión premeditada, lo apartaron de la colaboración con "los del monte". De hecho, lo separaron del comité de apoyo, que se reunía a sus espaldas. No se le informó de nada. No se le volvió a convocar. No pasó por sus manos ni un solo panfleto más... Allí donde acudía como antaño (al bar del grupo, al despacho de alguacil de Vidal, a la fuente de la infancia que, por sus siete caños, un día fue emblema de la Colectividad,...), impelido por una trayectoria de lucha que no quería reconocer acabada, allí se cernía la sombra de la Traición y palpitaba el más denso de los silencios. En el fondo, sus camaradas ya no se fiaban de él... Y él se dio cuenta.

Los celadores del nuevo Orden tampoco perdían la ocasión de humillarlo miserablemente: en todas partes, lo mismo en la cantina que en la plaza de la Iglesia, le hablaban de "usted" y lo trataban de "señor", "como ya sólo usaban con los suyos". Hacían pública ostentación de que era un informante de la policía. Félix recuerda, con especial dolor, dos afrentas de ese tipo. "Un día, en la plaza, se me dirigió el cabo que era mi contacto con el Gobierno Civil, y, delante de todos, delante de los campesinos que tanto habían confiado en mí cuando lo de la Colectividad, me dijo: '¿Qué, señor Félix, no tiene nada nuevo que contarnos?'. Y yo, rojo de vergüenza y de rabia, no tuve más remedio que responder: 'No, nada; no me he enterado de nada'"

Miro a Félix casi perplejo. Me callo; pero en algún telarañoso rincón de mi inteligencia el recelo desmigajado de la primera hora se rebulle, retalleciente: ¿De qué le puede servir a la sangrienta Benemérita hacer pública ostentación del trabajo de su espía? ¿Cómo cabe esperar algún servicio de un colaborador que todo el mundo reconoce como tal? Me domina la impresión de que la Guardia Civil no pretendió utilizar a Félix, y que él debió intuirlo. Simplemente, estragaba su imagen, lo zahería por diversión y devastaba como de paso el tremedal de su esperanza. Parece como si el Régimen no se tomara en serio al antiguo Secretario Comarcal de las Juventudes Libertarias, ni a sus compañeros "afines", enlaces y correos temerarios de los maquis, ni siquiera a esos desmazalados guerrilleros que, aparte de esconderse y huir, apenas hacían nada, ni atentados, ni sabotajes, ni casi gestos propagandísticos, como la más agrisada y trastabillante de las "resistencias"...

"Otro día, en el bar, delante de El Rollico, que ya había salido de la cárcel y de quien tampoco se fiaba nadie, el cabo se puso a mi lado, me golpeó fraternalmente la espalda y le dejó dicho al tabernero que en lo sucesivo se me sirviera siempre gratis, que de mi cuenta se hacía cargo la Guardia... Aunque no había entonces mucha gente en el local, el mal ya estaba hecho. La noticia se corrió como el fuego sobre un reguero de pólvora... Yo dejé de ir a aquel bar".

Como continuaron las detenciones de personas más o menos allegadas a Félix y a sus correligionarios, mi interlocutor tuvo que soportar la aversión del común del pueblo; tuvo que ver su viejo prestigio libertario, menguante como su vida, vilipendiado hasta la caricatura. No se había convertido meramente en la sombra de sí mismo, ni siquiera en la sombra chinesca, o desfalleciente, de lo que un día fue. Se había convertido en un trozo de hueco, sin sombra ni peso; o así era considerado por todos, como un insufrible pedazo de vacío. No se le temía por su poder -suscitaba repugnancia por su no-poder. Y a nadie convencía su patético juego de máscaras sobre el cráter de un volcán apagado. Sin embargo, como si en nada le afectara la opinión de los demás, y por último sólo pudiera asirse a un gesto arcaico, desprovisto ya de encanto pero excluyente tal una pasión enfermiza, gesto nérveo, lapidario, aún intentó Félix colaborar a vida o muerte con "los del monte". Aún se esforzó en transparentar (esta vez para los ojos de nadie, si acaso para sus propios ojos vueltos hacia adentro) su ser profundo, la materia cuarteada de su identidad: un anarquista extrañamente libre, humillado por la policía en virtud de oscuras razones, pero no su cómplice, antípoda remota del delator, traeres "sin cuerpo" de chivato; un revolucionario maltratado por el curso de las cosas en los tiempos sombríos, con su corazón dolorido pero su cabeza fría y sus manos repletas de peligro.

Y, en verdad, todavía encontró una ocasión de cooperar con la guerrilla, cuando sus afines no tuvieron más remedio que recurrir a él pues (tras la avalancha de arrestos) ya no podían contar con ningún otro. Como la Guardia no vigilaba a Félix -y también suscitaba la irritación pueblerina esa rara libertad de movimientos con que el Régimen lo señalaba-, no se corría más riesgo que su hipotética posterior "declaración", en el caso de que El Enlace trabajara verdaderamente para la policía. Pero ante la urgencia del auxilio que se les solicitaba, y la no disponibilidad de ningún otro voluntario para un asunto tan espinoso, el grupo de Ademuz decidió conceder a Félix una nueva oportunidad; es decir, prefirió exponerse a la traición antes que abandonar a su suerte a los guerrilleros en apuros.

Y Félix se encontró en Val de la Sabina con una partida autónoma de maquis, apodada Las Trébedes, compuesta por un trío de afamados anarquistas, escindido de la Agrupación Guerrillera del Levante, y dos jóvenes desconocidos en quienes aquellos confiaban ciegamente. Como en tiempos mejores, El Enlace entregó a los fugitivos víveres y dinero, recibió pasquines e informes sobre la calamitosa situación de la A.G.L., y se aprestó para guiarlos, a través de barrancos y sendas de herradura, hasta su nuevo refugio provisional en la Serranía de Los Rodenos, donde se les había acondicionado un campamento entre Tormón y Jabaloyas. Las Trébedes se dejaron conducir hasta las cárdenas montañas de piedra rodona que también habían servido de hábitat a los cazadores y recolectores de la Prehistoria, como atestiguan las pinturas con que enjoyaron la zona. Pero una vez allí, justamente ante las representaciones pictóricas del Abrigo de los Toros, en el Barranco de las Olivanas, se despidieron de Félix y, como más tarde se supo, renunciaron a instalarse en la gruta que se les había habilitado. Como medida básica de prevención, resolvieron elegir su propio escondrijo.

Se comenta que, gracias a esa mínima caución, salvaron la vida... Hasta hace poco tiempo, todavía se podía visitar, en los escarpes de Tormón, el campamento jamás utilizado. Allí estaban los jergones, las rajas de madera, una máquina de escribir, varios

candiles..., *casi como las migajas de pan de una trampa infantil para atrapar gorriones*. Harto infantil, quizá. Los guerrilleros nunca se acercaron a aquel lugar... Y no consta que se diera término a la noble insurgencia de Las Trébedes, a su tan díscolo vagar cuanto menos, en los hermosos parajes de la sierra morada.

Esta vez no se detuvo a Félix. Se apresó a sus afines. "No sé la razón. Yo no hablé. A lo mejor fue por otro motivo. O habló alguien. No sé". No estuvieron tampoco largo tiempo en la cárcel, pero sí sufrieron malos tratos. Al salir, dejaron sus casas, ansiosos de curar heridas en el anonimato de una gran urbe. No se despidieron de Félix. Hasta que, encaminado el Franquismo hacia su final de opereta, ya casi en la antesala ilusoria de la Democracia, regresaron a Ademuz, El Enlace no volvió a saber nada de ellos. Y entonces, a excepción de Vidal, ni siquiera lo visitaron. Al cuello el dogal del desengaño, más amargo que una derrota simple y presentida, malvivieron una temporada en el pueblo, evitando a su antiguo "afín" como al diablo... Silverio marchó finalmente a Tarragona, a casa de su hijo. Ricardo se acomodó en una barriada de Valencia, a salvo de la familia no menos que de los amigos. El Rollico murió de vejez, pero de una vejez agriada por las secuelas de la tortura. Félix no asistió al sepelio. Vidal sigue en Ademuz, rehuyendo la compañía de su viejo camarada... "No le reprocho nada en concreto -me dijo-, pero en torno a él han pasado, no sé por qué, cosas muy extrañas, que dan motivo para mal pensar. Me pregunto si él se culpará de lo que ocurrió... Aquello ya acabó; pero, cuando se ha sido de una forma, se es de una forma. Y yo ya no sé cómo fue él...". Para Félix, sin embargo, Vidal es un amigo: "El fue el único que se dio cuenta de lo que pasaba: que yo era víctima de un cúmulo de circunstancias, y que no podía imponerme. Buen elemento, siempre fue un buen elemento...".

El enigma de las luchas

Cambiando bruscamente de tema, para aliviar a mi hombre del azote de sus vivencias rememoradas, que ya empiezan a entornarle los párpados y estriarle de pesar la frente, lanzo una pregunta no sé si inútil o imprescindible, tan fácil de contestar como difícil:

-“¿Por qué se hacía ‘maquis’ la gente, por qué se echaba al monte?”

Todo parece retornar al punto de partida, como si también en el seno de esta entrevista el tiempo fuese redondo. Félix recupera de súbito el semblante del primer momento. Gana, su habla, en seguridad, en ritmo. La música, rotunda y grave, de sus palabras sugiere lo hipnótico de un himno, la fascinación mordiente de una marcha militar si por una vez, cabe soñarlo, le fuera dado desfilar a los vencidos -o, mejor, a los muertos. El fuste de su discurso, severo de clasicismo, hubiera podido mantener el entablamiento soberbio de la más beligerante de las ideologías, de no ser por *la grieta de escalofrío que lo surca como un río la llanura blanda y un remordimiento la conciencia pura...*

-“Por una idea, por un convencimiento. Nos lo dictaba la razón. Nosotros queríamos combatir a la Dictadura por todos los medios, oponernos al fascismo con todas nuestras fuerzas...”

Interrumpo, por primera vez. Mantengo la esperanza de escuchar, de labios de Félix, una pequeña revelación del lado mezquino y brutal de la guerrilla. Hay en toda lucha un poso de barbarie y muy cotidiano horror que forma parte de su esquivada belleza tanto como de su hechura radical y dolorosamente humana. Ese legado de la penuria y de la inevitable depravación (que, al envanecerse, la lucha quisiera borrar de su rostro cual chirlo indecoroso) nos recuerda que no son dioses, ni siquiera siempre hombres excepcionales, quienes la protagonizan y padecen. Me permito, por eso, advertir a mi interlocutor:

-“Pero también he oído que algunos se integraron en el maquis sólo para escapar de la Represión, o por haber huido de la cárcel. Creo que ése puede ser el caso de El Jineta. Y en La Hoya del Peral un muchacho se fue con los guerrilleros, según me contaron, porque con ellos se comía mejor...”

-“Sí, siempre pudo haber algo de eso. Yo no lo sé. Pero la gente de las aldeas, los que de alguna manera procurábamos ayudarles, lo hacíamos sólo por una simpatía, por compartir unos ideales... Y en eso se exponía la vida”.

Hasta este momento, después de recoger cerca de sesenta testimonios, he identificado varios “tipos” de maquis. El guerrillero de leyenda, turbador, descarnado, que asoma en algunos libros de historia –un hombre ebrio de ideología, casi el puño o el fusil de un pensamiento ignívomo y desamparante-, es el único del que, por ahora, no he hallado indicios... El Manco de La Pesquera no encaja, en modo alguno, en ese perfil de luchador consciente, desinteresado, casi filantrópico, héroe de la resistencia al franquismo y protomártir de la libertad democrática. Basiliso, nombre verdadero de El Manco, se me representa como un ser inclasificable, conmovedor a su manera, juguete de la azarosa coyuntura y de su insólita bondad natural.

El maquis de La Hoya, apodado El Paisano por sus camaradas, se unió a los del Morro del Gorrino, si he de creer la versión de los aldeanos, “porque en el caserío no se podía comer y, como teníamos cerca a los del monte, se sospechaba de todos y vivíamos entre la espada y la pared. Igual te detenía la Guardia por no hablar que te atizaban una paliza los del monte porque creían que habías hablado. Así que quedarse aquí o irse a padecer con ellos era casi lo mismo. Y como se sabía que llevaban perras y que pagaban mejor que nosotros y que se hacían con pan, con leche, con chicha..., pues alguno pudo pensar que irse con ellos era

una solución. Cándido nunca se había metido en líos de política, nunca más que los demás, aunque, como campesino, él miraba mucho la tierra y no la quería en manos de tres o cuatro. Pero aquí éramos todos de ese pensamiento... Y, de la noche a la mañana, se va; y luego vuelve con los del monte... En su casa tenían muchos problemas; pasaban más hambre que las ratas. Puede que él viera así la forma de ayudarles...".

Esta imagen de Cándido como un maquis sin ideología, impelido por la inseguridad y la miseria, se ve corroborada por su posterior declaración a la Guardia cuando, amenazada de extinción la guerrilla, se entrega voluntariamente y traiciona a lo suyos haciéndoles caer en una vil emboscada. "Cándido alegó que se fue con ellos porque en su casa se morían a espuertas de hambre. Pero que no le gustó lo que vio, que quiso dejarlo y ya no pudo. Dijo que siguió por miedo. Y que escapó en tal que se le presentó la ocasión". La Guardia le ofreció la libertad a cambio de que contribuyera a disolver su partida, una de las más activas de la zona. Y el infeliz se dejó utilizar, propició la masacre de Arroyofrío, en la que la cuadrilla del Morro del Gorrino fue salvajemente abatida, y conoció la prisión en recompensa. "No estuvo ni un año en la cárcel. Cosa de meses... Pero cuando salió, tampoco lo dejaron en paz. Todos los días, apenas raspaba el sol por la muela, los guardias se llegaban a su casa, le atizaban una pequeña paliza, según les viniera en gana, salían sin decirle nada cuando ya se habían despachado a gusto, y el pobre continuaba con su faena de siempre... Eso duró hasta que le dejaron emigrar a Barcelona, cuando se calmó la cosa. Todos los días, una buena manta de palos... Si el sol se ponía en lo alto, y la Guardia no se había pasado por su finca, él tenía que personarse por la tardecica en el Cuartel y allí le daban la paliza con retraso. Después de eso, circulando... Todos los días le daban a Cándido alguna hostia, algún estacazo, y circulando...".

Este testimonio me lo ofreció un pastor de La Hoya, que había conocido en tiempos a El Paisano y tuvo oportunidad también, recientemente, de hablar con el guardia que se ocupó de su interrogatorio. Ya que Félix no quiere comentarme nada de ese asunto, del que sin duda habrá tenido noticia, decido, a regañadientes, no escarbar más en este suelo humano, lamentablemente humano, de la guerrilla.

Todavía deseo plantear una última cuestión, dirán que "de rigor" los corifeos del academicismo, a mi informante. Pero vacilo. No sé hasta qué punto me arroja el derecho de arrojar el hierro candente de la duda no ya sobre las carnes abiertas de su persona (sobre lo que en verdad fue y el sentido real de sus actuaciones), sino sobre esa piel curtida a la intemperie de la forma de lucha a la que quiso expresamente entregarse -el maquis. Después de más de sesenta grabaciones, lecturas dispersas, visitas a las hemerotecas..., aún no he resuelto una incógnita fundamental: ¿Fue el maquis un instrumento efectivo de la lucha revolucionaria contra el Franquismo o una añazaga, una artería, a través de la cual, contemporizando con él, jugando a reprimirlo pero asegurando su permanencia, el Régimen se legitimaba y debilitaba a sus verdaderos enemigos? Esta duda, lícita como cualquier certidumbre, vana como toda seguridad, halla en Maquiavelo el sostén poderoso de una voz de augur antiguo: "Las conspiraciones, verdaderas o simuladas, pueden ser un excelente recurso para estimular la simpatía del pueblo en favor del Príncipe". Y las apreciaciones de algunos "puntos de apoyo" de los maquis en las aldeas avalan de un modo muy concreto esta terrible sospecha -que, en la noche de su beligerancia, desde la más absoluta inconsciencia, los guerrilleros binaban el labrantío de la Dictadura...

"El gobierno no puso mucho interés en acabar con los maquis. Los dejaba vivir. Veía que no tenían fuerza y no se temía de ellos ningún peligro. Además, le interesaba contar con algún enemigo como éste, débil e impotente, al que culpar de todos los crímenes, de todos los

desastres... No fue pequeño el provecho que los dirigentes fascistas obtuvieron de ese absurdo empecinamiento en avanzar por una vía muerta. Cada vez que se atribuía a 'los bandoleros' republicanos algún robo, algún crimen, era como si se ensuciara todavía más el buen nombre del socialismo -o del comunismo y del anarquismo, que las autoridades de entonces mezclaban y confundían como diferentes zarpazos de una misma fiera sanguinaria. Y si alguna vez los obreros o los estudiantes de aquí o de allá mostraban su muy justificado descontento, y planteaban problemas serios, venía bien hablar de los forajidos del monte, del terror que se decía que sembraban, con sus bajos instintos asesinos, para distraer a la opinión y no sacar a colación lo verdaderamente importante". El hombre que me sorprende con esta, tediosa de criticismo rancio y pudibundo, interpretación *alternativa* del fenómeno guerrillero apenas frisa los sesenta años. Colaboró con el maquis casi en la niñez, en el molino de su padre y como "paquebote". "Se llamaba 'paquebotes' a aquellos que, por su aspecto inofensivo, podían burlar a la Guardia y llevar noticias de un lado para otro. Niños y mujeres con fama de bobas sobre todo, o algún pastor que se hacía el ignorante..."

Noto que su versión de las cosas está condicionada por lecturas posteriores, por simpatías políticas de hoy mismo. Ha proyectado sus fantasmas de la vida adulta sobre los recuerdos de la infancia; y, al arrumbar casi con odio la mítica de la resistencia armada, se siente, sin reconocerlo, como un héroe, como un iluminado que socava los cimientos del poder, atrevido denunciante de penumbrosas opresiones, más que un maquis... Y yo, sin embargo, lo veo también solo, "débil e impotente", como adjetiva mecánicamente a la guerrilla, quizás utilizado, inerme ante una organización opaca que no padece su acoso, no sufre su embestida, se mofa de sus palabras y casi lo aplaude. Me represento a este ex-correo, confeso, ilustrado y arrepentido, como a un hombre de izquierdas puntualmente conocedor de las estrategias de represión y control social que los gobiernos establecidos, no importa de qué signo, despliegan discrecionalmente para reproducir su despotismo -y, a través de éste, los intereses sociales y económicos dominantes. Queda, con ello, casi todo dicho: descubrirá, donde el común de los hombres no lo imagina, oscuros mecanismos de sometimiento, inadvertidos expedientes de mistificación, tácticas difusas de integración en el sistema, aburguesamientos y acomodados, manipulaciones, engaños, ideologías, figuras de la falsa consciencia,... Y mantendrá, consecuentemente, una visión de la guerrilla como brazo derecho de la Dictadura. Se sentirá por eso más revolucionario que los revolucionarios, y abominará de sus actuaciones de la infancia como inconsciente servicio a la Oposición.

Luchó una vez, cuando todavía ignoraba lo que era la lucha; y, ahora que dice saberlo y que se proclama "luchador" -aunque sólo sea por interiorizar el celo reprobatorio de una doctrina cosificada-, reniega cerril del único trecho de su vida en que realmente, y más allá de toda intelectualización progresista, respiró el sahumo del compromiso y de la entrega. Parece también que la inteligencia de este hombre se ha visto expuesta demasiadas horas al sol dañino de la Historia Científica, y que enreda lo que se ofreció a sus ojos espantados de niño y lo que capturó con su desaviado entendimiento en la madeja incierta de análisis y teorías desprendida de sus lecturas traslumbrantes. Su propensión a detectar insospechadas tecnologías de legitimación incluso allí donde el orden se combate a muerte, esa suspicacia suya tocada de lucidez como de afeites fúnebres un cadáver, no ha alcanzado a alertarle, paradójicamente, de algo todavía más insidioso, subterráneo, pérfido: la contribución de la Ciencia Histórica al enquistamiento de las coacciones políticas y las dominaciones económicas instauradas por el Capitalismo...

Tal vez sea injusto con Tomás, mi instruido desenmascarador de la guerrilla. Quizá le reprocho la bajeza que durante tanto tiempo se me podía imputar a mí: abducir que se

lucha al hablar de las luchas; y, de hecho, no luchar, sólo hablar. Y no darse cuenta -no darme cuenta-, no querer o no poder reconocer que, delante de un fusil, de un perseguido, de un militar o de un verdugo, de un mendigo como de un miserable, de un prisionero, de un condenado, de un jornalero exhausto, tal vez inmigrante, tal vez norteafricano, o de su hijo todavía hambriento ante su plato ya vacío, de un empresario cebón o de un político sonreidor, sobrando las palabras, sobra ya hasta el silencio. *O se actúa, o bien no hay hombre...*

Y en ese gesto de abjurar de un infantil jugarse la vida por respeto al padre solidario y por la embriaguez de unos tiempos y de unos hombres que supuraban dolor y muerte, que sabían a lucha y peligro como a locura y tragedia, percibo no sé qué tufo a autocomplacencia en la pasividad, a vil regodeo en la bascosidad de una rendición sabiamente amable, que me hiere como las verdades estériles y como la paz de los sepulcros.

Sin embargo, Tomás me menciona un hecho corroborado por otras declaraciones y por mi repaso de la prensa de la época, un hecho tendente a confirmar esa desalentadora suposición de la gran trampa en que cayeron los guerrilleros -servir al adversario.

En la segunda mitad de los años cuarenta se produjo en Losa del Obispo un suceso estremecedor, una matanza fríamente concebida en algún despacho policial y ejecutada por los funcionarios de la violencia impune y del crimen de Estado con la diligencia fatal, la coordinación y la ausencia de entrañas de un espantoso engendro maquínico homicida. "La prensa dijo que los maquis de Javalambre, que tenían un campamento no muy lejos de Camarena, habían bajado al pueblo y, en un ajuste de cuentas, para intimidar a los vecinos y obligarlos a colaborar con ellos, o resentidos por la falta de cooperación, abrieron fuego indiscriminado sobre los labradores que hallaron a su paso y luego se dieron a la fuga. Pero nadie se creyó, nunca, eso... La población de Losa del Obispo era de izquierdas desde siempre; había allí muchos socialistas y no pocos anarquistas. Se encubría a los maquis y se les ayudaba en lo posible. La Guardia lo sabía y quiso castigar a unos y a otros, masacrando a los campesinos enemigos de la Dictadura y culpando de ello a los maquis y al pensamiento que los guiaba. Vestidos como los maquis y con su mismo estruendo de proclamas libertarias, llegaron al pueblo y, en un abrir y cerrar de ojos, empezaron a disparar sin preocuparse de quién caía y demorándose aún en rematar a los heridos... Como eran horas de faena, encontraron sobre todo ancianos y niños, y alguna mujer que no había bajado a los huertos...". Rojo hombre o rojo mujer, rojo niño o rojo viejo, era para ellos indiferente, simples tonalidades de un mismo color por deslavar, visos de presidio o de cementerio. "Murió más gente de lo que se dijo. En la localidad se contaron treinta cadáveres; y no dieciséis como, por algún motivo, se difundió y ha pasado a la historia. Desaparecieron los restos de catorce campesinos, que quedaron así sin sepultura y sin constancia de muerte, para desesperación de sus familias... Al día siguiente, la radio y la prensa culpaban de la matanza a los "bandoleros", de los que se decía que vivían a costa de los pobres aldeanos, robando y matando a los pastores, raptando a los más jóvenes para inculcarles su error y sus vicios, sembrando el caos en interés propio o en provecho de las venenosas ideas bolcheviques introducidas en el solar patrio por los fraticidas que se habían refugiado en el extranjero; responsabilizándolos de la inseguridad en los campos, presentaban a los labradores asesinados como mártires de la inconclusa Cruzada de España y de su Caudillo contra las hordas vandálicas del comunismo y del anarquismo... Así que, de una vez, desprestigiaban a los maquis, mancillaban los ideales de la Revolución y eliminaban a los campesinos hostiles al sistema... Todo les salía redondo... Con su obstinación en proseguir un tipo de lucha que ya no llevaba a ninguna parte, que no tenía -saltaba a la vista- ni una sola posibilidad de éxito, los guerrilleros se prestaban a estos manejos. Se separaban cada vez más

del pueblo y hacían que éste pagara la factura de su fe ciega en la lucha armada... Además, para mí que nadie entonces, aparte de los guerrilleros quizá (o de una fracción, y no grande, de ellos), creía de verdad que los aliados intervendrían en España, para restaurar una República de izquierdas, y que por eso hacía falta que los maquis mantuvieran su frágil infraestructura de puntos de apoyo y redes de enlace a fin de facilitar y extender las operaciones..."

Mientras releo esta historia, redactada en un presente fingido que me hunde en una charla no muy cercana en el tiempo, el enigma de mi propia lucha se agita ante mi escritura. Mi guerrilla tiene que ver con las palabras (como si, a pesar de todo, creyera que "se lucha al hablar de las luchas"), y no es menos ambigua, solitaria, mezquina, sospechosa, manipulable, acaso inútil, irremediada y lamentablemente humana, que la de los antiguos maquis. Como el casquillo de una bala, recojo la carta que mañana enviaré a una revista de corte ácrata:

Compañeros de Archipiélago:

Durante los últimos años he vivido un poco al margen del discurso impreso. Las palabras se me aparecían, en efecto, como una de las formas del silencio, y yo respondía con la desolación del silencio sin forma, el más callado, verdadero silencio: vacío de no leer y mutismo de escribir para nadie. Después de mi exilio voluntario en el Este de Europa y en medio de esta acariciadora soledad fósil de una aldea del Rincón de Ademuz, cayeron en mis manos -culminando un recorrido laberíntico, no sé si kafkiano o de novela negra- un par de números de vuestra revista. Y allí estallaron. No estaba preparado para reconocermé en las palabras de los demás. Me había acostumbrado a soportar mi opresivo aislamiento intelectual como una secuela dolorosa de mi temperamento indisciplinable. No estaba orgulloso de no poder ser discípulo, como tampoco alardeaba de ser incapaz de hallar, en la ropavejería de las doctrinas, un credo a mi medida. Pero no podía serlo, y no me entallaban los pensamientos usados. Donde veía un maestro, allí estaba mi presa. Y aunque la sombra del tutelaje intelectual se espesa de vez en cuando en algunos artículos de vuestra revista, me impresionó el anhelo de autonomía, la voluntad de arraigar en una particular forma de decir las cosas (hecha de pasión, y revuelta, y minoría que alza la voz), que la atraviesa. Me sorprendió el tono, fraguado al fuego de una beligerancia ya casi olvidada, en la que se reconcilia el resentimiento clásico de los discursos marginados con la arrogancia espontánea de las voces que por fin hallan su coro.

La esencia del archipiélago es una esencia desplazada. La tierra no importa, el nombre procede del mar. Y aunque el hombre habita la tierra y siente su archipiélago como un conjunto de islas, en realidad se equivoca. Un piélago es un pedazo de mar. Donde el mar se quiebra, se astilla, se rompe como el cristal, allí hay un archipiélago. El corazón de vuestra revista late fuera de ella. No es vuestro discurso, sino el mar de silencio que le rodea -un silencio troceado, repartido, administrado, silencio que deviene también como forma de griterío-, el que da sentido a vuestra intervención en el mundo de la cultura impresa.

Y aunque por momentos pueda asemejarse demasiado vuestra revista a un asilo de errabundos, a ese refugio de montaña en el que al hombre desgarrado se le permitiría todavía aullar impunemente, como no desea el decoro del poder; aún así, puesto que atañe al errabundo encontrar la senda en esta noche sin luna y sin estrellas, y su desgarramiento, su necesidad de aullar, surge de ese mar inmenso, amenazador, de palabras gastadas y eficaces, de discursos que enmudecen con estrépito, celebro de corazón que aún os atreváis a poner bajo sus pies, bajo nuestros pies, un poco de tierra firme y, en esa tierra, un asilo, un refugio imprescindible.

No sé si podré seros útil de alguna forma. Pongo desde hoy a vuestra disposición mi persona y mis trabajos. Entre excedencia y excedencia me gano la vida (o la pierdo) de una forma deshonrosa: como profesor

de bachillerato. Me doctoré en una disciplina que no me merece ningún respeto. *La policía de la Historia Científica. Crítica del discurso historiográfico*: ése fue el título de mi Tesis, un poco demasiado colérica. Como profesor, trabajo para mi Enemigo; como historiador, me dejé educar por mi Enemigo. Pero ahora me vengo, me defiendo, con la escritura. Abandoné la Historia y estoy a punto de abandonar la Enseñanza... En mi fuga, en mi huida, me gustaría sacar a la luz textos ya antiguos, que en pocas partes serían bien recibidos. Os mando uno, por si os interesa. *Historia Vigilante* es un apéndice de mi Tesis Doctoral, inédita, elaborado en Hungría con el apoyo de la Universidad de Budapest, institución que me acogió como investigador-huésped.

Con la desagradable impresión de que demando más que ofrezco, me despido de vosotros en espera de alguna noticia.

Un abrazo

Empiezo a salir del túnel de mi vacilación. Enfrentaré a Félix con el enigma de su lucha. Aunque imagino la respuesta. Haría falta que todas las gargantas del mundo acusaran a la guerrilla de clamorosa solidaridad con el fascismo, que todos los libros de historia describieran la sutileza de esa opaca afinidad, y aún así mi hombre, como si la opinión general fuera asunto de moda, preservaría en su fe de antaño.

Mientras el enigma envuelva su lucha como los brazos de una mujer el pecho de un hombre, con la capciosa melifluidad de un cerco que protege tanto como aprisiona, soportará los brazos de mujer de la sospecha en torno a su pecho libertario y hasta se sentirá halagado por ello. Pero si se desvaneciera el enigma, y su pecho resbalara de aquellos brazos agridulces, si se sintiera verdaderamente libre de afrontar su pasado, a salvo de la duda, y una claridad de agosto surestino, de mediodía despejado a la hora de las más exigua sombra, claridad obscena, imperdonable, mostrara el fardo abandonado de la guerrilla, perlado de moscas, husmeante de carne en descomposición, hatillo mugriento cuyo hedor ni los perros soportan, en el patio ignominioso del Señor de los Fascismos, cual un antigua pertenencia que el Tirano un día usara y después, harto de ella, sustituyera por otra y, en su ingratitud, arrinconara; si eso ocurriera, este hombre conocería una desolación demasiado llana para ser relatada, demasiado lisa y cortante, como una hoja de afeitar, para ser modelada por el cincel de la literatura (que prefiere el busto redondo, la piedra, el ensueño de las tres dimensiones).

Pero el enigma de la guerrilla, como el enigma de su vida, se asemeja más a una enfermedad que, sin abocar a la muerte, aleja del mundo y de sus hombres; un dolor crónico, no trágico, que sumerge en un torpor de puertas cerradas y habitación desierta, y que protege como el caparazón de una tortuga –único, pesado y lastrante, refugio de un animal que ya no parece de esta tierra.

-“¿Nunca pensó que de alguna manera la Dictadura obtenía un provecho del encono de los maquis, al imputarles la responsabilidad de todo desorden, tal sementeras diabólicas de la discordia y del disturbio; justificar en función de su supuesta peligrosidad una policía omnipresente y un ambiente de vigilancia y control generalizados; calumniar a los izquierdistas y hacer odiosos sus ideales, involucrándolos en crímenes de sangre; y, por último, distraer a la opinión pública, corriendo velos oportunos ante otras formas de protesta, no tan espectaculares pero acaso socialmente más significativas?”

-“No, eso no puede ser. Ya le he dicho que la represión fue terrible. Eso se puede decir hoy, que ya no hay nada en juego. Pero en aquel tiempo todo el mundo sabía que el Régimen y la guerrilla se enfrentaban a muerte. ¿Es que no hubo detenciones, torturas, asesinatos, sólo por colaborar con los del monte? Ya le he dicho que nosotros, al socorrerlos y ocultarlos, exponíamos la vida... De mil

formas distintas y sin escatimar medios ni esfuerzos, disfrazándose de maquis, cerrando los molinos y las masías, dando castigos ejemplares..., la Guardia procuró acabar lo antes posible con la guerrilla. Hoy se escriben muchas cosas. Pero los que vivimos aquella época sentimos que no se hace justicia de lo que realmente ocurrió... La tesis de que los maquis fueron tolerados por la Dictadura me parece infundada, disparatada. Me parece una idea ridícula..."

-“¿No cree, entonces, que la guerrilla se mantuvo tantos años porque, en realidad, el Régimen no deseaba acabar con ella antes de tiempo, mientras aún pudiera rentabilizarla política e ideológicamente y dado su escaso poder de perturbación?”

-“Creo que ya me he expresado claramente... No sé qué gana usted al insistir en una idea tan perversa...”

Revuelve mi memoria jirones lóbregos de otra lucha, esquinada y falsaria, que finalmente se decidió como una parte de la izquierda ni por asomo había previsto. La casualidad quiso convertirme en testigo de la crisis del socialismo real en los países del Este. Asistí al proceso de tránsito al capitalismo, o a la democracia burguesa –como se prefiera. Extranjero en un país extraño, percibí los acontecimientos a través de las palabras, y casi de los ojos, de un exiliado chileno, profesor de la Universidad de Budapest, a quien conservo desde entonces como entrañable y valioso amigo. Pero mi capacidad de discrepar, de desconfiar de lo sencillo y dudar de lo más íntegro, me alejaba del sentir de este hombre y suscitaba más de una acalorada afectuosa discusión.

Conocí al profesor en el verano de 1987, abotargada mi curiosidad en el pavisoso disfrute de uno de esos viajes que se ha dado en llamar “de placer” (y que, en mi opinión, esconden siempre un “viaje de dolor”: hay que estar herido para viajar de esa forma, herido de aburrimiento o herido de esclavitud). Simpatizamos al instante, estranguló su charla incisiva el entumecimiento de mis sentidos malbaratados, y pronto acabamos citándonos, como quienes a un duelo se aprestan, para conversar de política y filosofía, revolución y comunismo. En el “Ibolya” cambiamos por primera vez impresiones sobre la coyuntura de reforma política y económica en esa otrora próspera República Popular Húngara que vindicaba sin remilgos el muy poco ocurrente título de *la Suiza secreta del Este*. Cuando, crapuloso de fuga y angustia, fijé mi residencia en Budapest, aquel figón humeante se convirtió en el escenario ritual de mis controversias con El Exiliado.

Gravitaba ya el enigma sobre el área. Y Edgardo, como se llama este chileno, se aferraba a una tesis consoladora, una tesis que de algún modo justificaba toda su vida anterior -toda su trayectoria de militante comunista perseguido por Pinochet, guerrillero al servicio de diversas organizaciones revolucionarias del Tercer Mundo, peregrino de los países del socialismo real y exiliado en Hungría por afinidades ideológicas...

“Mira, Pedro, aquí se está dando un proceso muy complejo de *renovación del socialismo*. Se trata de una batalla muy dura, muy complicada, en la que los oportunistas intentarán asaltar el poder, y se correrá de nuevo el peligro de una contrarrevolución... Pero, tenlo claro, no es el socialismo lo que aquí se cuestiona, sino el estalinismo. Hay que devolver la democracia al proceso revolucionario en el que este país está inmerso, y hay que introducir reformas muy concretas en la organización económica... Pero no me vengas con que se está sofisticando un sistema de represión estatal o que se prepara un tránsito corrupto al capitalismo... No me huevees, pues, Pedro...”

Por aquel entonces, el “Ibolya” era una cantina típica del comunismo existente. No funcionaba como cooperativa, sino como empresa estatal. El trato era correcto, sin rayar en lo empalagoso. Los trabajadores no tenían ningún motivo para mostrarse simpáticos o para disimular su cansancio. Acudían allí con ropas de diario y se enfundaban los uniformes característicos de todas las cantinas estatales del país, humildes libreas de jornaleros de bar. Los hombres, unos raídos trajes de chaqueta, de sufridísimo color

marrón, con zapatos negros de plástico. Algunos se quitaban, acalorados, las chaquetillas y exhibían unas caminas blancas listadas, asombrosamente sobrias, a punto ya de amarillear. Las mujeres llevaban faldas y chaquetas negras, zapatos ortopédicos también de plástico y camisas blancas con franjas menos marcadas. Unas cofias, casi siempre sucias, y unos delantales llenos de chafarrinones completaban los atuendos. No se arreglaban para ir al trabajo. Las mujeres, para escándalo de los occidentales, ni se depilaban ni se pintaban. Se diría que entre los hombres la norma era no peinarse. Y sus cabellos castaños daban a menudo la impresión de detestar hasta lo indecible, como si con su aversión vengaran un agravio inmemorial, la solicitud detersoria del agua y del champú: grasientos, apelmazados, casi terrizos, se envedijaban caprichosamente, cual crines de potros salvajes, sobre las sienes sudorientas, nevosas de caspa antigua. El local, asimismo, falto de limpieza, podría considerarse *cutre*. Un tanto cochambroso, evidenciaba tranquilamente la huella de la dejadez y de la ausencia de renovación. Era, en definitiva, antes que nada un lugar de trabajo; y sólo subsidiariamente un enclave de diversión, de consumo.

Me gustaba aquel garito. Desempolvaba en mi memoria imágenes del Sur, donde *lo cutre*, acusando otro origen, conserva sin embargo el mismo aspecto. En Murcia, los bares, con frecuencia también cochambrosos y atarugados, sí son lugares de gasto, de recreo y desahogo (el trabajo se oculta tras la barra, tras la simpatía forzada del camarero y la sonrisa erumosa del dueño del local), pero de un recreo y de un gasto que no repara en las formas, que no exige nada externo a su avidez -un ocio sucio entre la suciedad, pobre entre la pobreza, vano entre la banalidad flagrante y sin adornos. *Entre el Este de aquellos días y el Sur de siempre, mi corazón estableció tantas correspondencias, ganzó tantas afinidades, que por momentos llegué a sentirme fruto de ambas tierras -de la tierra vieja y en lo más hondo enloquecida que atarazaba a sus hijos, y de la tierra nueva y cavilosa que, como una mujer de otro, me abrazaba sin entregarse.*

Más el “Ibolya” era económico, popular, nada selectivo. Su variopinta clientela recalaba en él como de paso, para abrevarse y seguir su marcha. Bajo un mismo techo orlado de focos, espejos y placas de madera coloreada (por las noches la cantina se convertía en discoteca, como era habitual en los tinglados de esa clase, sometidos a una suerte de simpático, y cicatero, pluriempleo), bajo ese cielo artificial que hablaba de un frenesí austero, si no tacañeante, pululaban los obreros, los estudiantes, los profesores, los turistas que se equivocaban de taberna... La comida era buena, abundante, sabrosa, suficientemente variada. Y la bebida, asequible. Por aquellas fechas no había publicidad en el local, a excepción de una plancha de metal oxidada y ennegrecida, uno de esos artefactos para colgar que la casa *Pepsi* había distribuido ya hacía años por todos los tugurios de la ciudad.

Los tiempos no trajeron lo que mi amigo auguraba. La tralla de un acontecer aciago, restallante en medio del silencio acobardado de su esperanza, le obligó a desdecirse, al menos en parte. En el *caer de máscaras*, lo mismo que *de ilusiones*, de 1990, ya tenía embastada su “Teoría de la Nomenclatura”:

“Mira Pedro, lo que aquí está sucediendo no tiene nada de extraño. El viejo Marx ya lo había advertido. Se intentó tomar el Cielo por asalto. Estos países se embarcaron en una aventura revolucionaria muy ambiciosa cuando no estaban dadas las condiciones para ello... En opinión de Marx, el Comunismo sólo sería una meta para el hombre cuando el Capitalismo hubiera cumplido todas sus tareas, cuando hubiese por fin agotado sus posibilidades de desarrollo; y ello exigía, entre otras cosas, que se universalizara, que acabara con

todos los restos del Feudalismo y, desde esa implantación planetaria, empezara a padecer el aguijón de sus propias contradicciones... Como te decía, en el Este se intentó tomar el Cielo por asalto, sin que el Capitalismo hubiera preparado el terreno de la futura revolución socialista, sin que se hubiera alcanzado ese grado óptimo de desarrollo de las fuerzas productivas, ese techo tecnológico y material sobre el que el hombre debe encaramarse impulsado por el sistema capitalista -y que se convierte en el suelo apropiado para levantar la nueva sociedad del Comunismo... El proceso estaba ya viciado desde su origen. En esas condiciones, no debe sorprendernos que se corrompiera desde dentro. Cae como una manzana infecta, que no madura y se echa a perder en el árbol; pero cae con el concurso de circunstancias externas que no podemos olvidar: la Guerra Fría, esa lucha económica, política e ideológica entre el Capitalismo dominante y el reducto de un Comunismo prematuro..."

"Hungría padece entonces, como la mayor parte de los países socialistas, lo que yo llamo el *Síndrome de la Fortaleza Sitiada*... Como en una fortaleza sitiada, por ese acoso del Capitalismo avasallador, surge y se impone en Hungría una pulsión a la organización defensiva, a la militarización de la sociedad y de la economía. El país se convierte en un campamento. Se podría hablar, para esta fase, de un *Comunismo Cuartelero*. El estalinismo se consolida y ramifica como una secuela de ese síndrome: centralización, homogeneización, planificación, control máximo de todos los aspectos de la vida ideológica y cultural, represión de la discusión interna... Es como un país que teme una invasión y se prepara para la guerra... Pero esta militarización, metafóricamente hablando, de la sociedad y de la economía introduce un límite en las posibilidades de desarrollo material, de crecimiento económico del país. Naturalmente, cuando ese límite se alcanza, y se percibe con claridad que no se puede trascender, la impresión de agotamiento, de estancamiento, empieza a calar en todos los estratos de la sociedad... Surge un desencanto, una crisis del idealismo revolucionario, una especie de vacío moral. Y esa crisis de valores, esa decepción que cunde entre los intelectuales y los políticos, resulta ser, pues, Pedro, el mejor caldo de cultivo para la corrupción y el nepotismo."

"Sin embargo, no todos los hombres reaccionaron igual ante la impresión de estancamiento y de vacío. Dentro del Partido Comunista había todavía políticos de una gran formación marxista, que habían percibido en sus trazos generales esta terrible dialéctica de la *fortaleza sitiada* y el *comunismo de campamento*. Y que quisieron desbloquear el proceso, hacer saltar ese pestillo que limitaba el crecimiento económico. Para ello, había que acabar con el *síndrome* e impulsar determinadas reformas políticas y económicas. Ese era el planteamiento de Janos Kádár, de quien Gorbachov aprendió la Perestroika. Y ésa era la misión de la misma Perestroika allí donde el *Síndrome de la Fortaleza Sitiada* había abocado al estalinismo y el estalinismo había cometido, en nombre de la libertad y de la igualdad, los más horribles crímenes de que ha sido capaz el ser humano..."

"Kádár pretendió acabar con la psicosis de la Guerra Fría, y para ello tuvo que oscilar entre el Este y el Oeste. Tuvo que debilitar la animadversión del Oeste, ganarse su simpatía, relajar la tensión, sin provocar demasiado, y por lo mismo, al gigante del Este, a la URSS. Tuvo que introducir reformas liberalizadoras de la política y de la economía, pero haciendo ver a la Vieja Guardia, en todo momento, que no alentaba con ellas, y a pesar de lo que divulgara la propaganda occidental, una 'contrarrevolución efectiva', sino una 'renovación del socialismo'. Fue el hombre del punto medio, de la balanza, de un paso adelante y otra atrás, de un guiño a la derecha y otro a la izquierda. Un gran pragmático. Pero hay encrucijadas en la historia en las que el pragmatismo deviene como lo más revolucionario... Kádár salvó a Hungría de los tanques rusos, de una intervención masiva de los soviéticos en defensa del Comunismo, pues siempre alegó mantenerse fiel a la ortodoxia marxista y sus reformas nunca rayaron en lo espectacular o en la provocación... Y se ganó también el aprecio de Occidente por su contribución a apagar el clima prebélico, la tensión

galopante de la Guerra Fría... Ese ambiente de libertad política que encontraste en Hungría en tu primera visita, esa ausencia de represión, fue su legado. Como también fue obra suya el desbloqueo del crecimiento económico y la expansión de los últimos años, que tanto te sorprendió."

"Con Kádár, Hungría dejó atrás la fase del *Comunismo Cuartelero* y entró en la del *Comunismo Boutiquero*. Surgen empresas mixtas, con participación húngara y participación occidental; se dan facilidades para la inversión de capital exterior y para el establecimiento de empresas foráneas; se potencia el cooperativismo en detrimento de la vieja propiedad estatal; se toleran los pequeños negocios privados y el pequeño comercio particular... En fin, se liberaliza la economía, pero dentro de las coordenadas del propio sistema comunista. Y, en lo político, se abren las fronteras, se legalizan los partidos, la prensa de oposición, etc."

"Y aquí nos encontramos, viejo, con que no todos los que están en la cúpula del poder son como Kádár, con que no todos respondieron del mismo modo al vacío moral y a la crisis de valores... Muchos, quizás la mayoría, se degradaron entonces. Se corrompieron. Ante unas condiciones tan adversas, dejaron de ocuparse de la salvación del país, de la salvación de la Humanidad, y se dedicaron exclusivamente a su propia salvación individual. Quisieron aprovechar la circunstancia de su enquistamiento en el poder, en una coyuntura confusa de aguas revueltas y exceso de pescadores, para recompensarse a sí mismos por los servicios prestados y asegurarse de por vida la bonanza de sus economías domésticas -y, de paso, la de sus familias, y la de sus amigos, y la de los conocidos de sus amigos... Así se forja la Nomenclatura... Aprovechando el usufructo del poder, desvían los fondos públicos hacia sus bolsillos, distribuyen a su antojo las licencias para crear nuevos negocios privados, favorecen las actividades económicas 'liberalizadas' de sus allegados, amigos y familiares... En definitiva, y sin dejar el poder, dan los pasos necesarios para convertirse en una *protoburguesía*, de momento casi clandestina. Y este núcleo, ya de por sí vasto, decididamente pro-capitalista, pues empieza a controlar resortes claves de la economía del país o se halla en una inmejorable situación para hacerlo en el futuro, se ensancha y se ensancha. Parte de la élite comunista, de los cuadros detentadores del poder, se extiende por la administración del Estado, de arriba abajo, tentacularmente, por la burocracia central y regional, departamento por departamento, alcanza a los familiares de quienes allí vegetan no se sabe desde cuándo, y a sus amigos, ahora convertidos en pequeños empresarios, dueños de las novísimas 'boutiques' de la Vacsí utca, llega aún hasta los amigos de sus familiares y los amigos de los amigos de sus familiares, que también han sido obsequiados con una licencia, un permiso, una exención, una autorización, etc., de las contempladas para estimular la economía en el ambicioso programa liberalizador. Y la economía, de hecho, se vio estimulada; pero surgió, de la nomenclatura, de la burocracia dirigente, esta *protoburguesía*, con sus bancos privados clandestinos, incluso sus temerarias inversiones en el exterior..."

"Esta nomenclatura, Pedro, se enfrenta a la fracción renovadora del socialismo y la arrincona. Cuando hablamos por primera vez, aquí, en el 'Ibolya' de antes, el puso era incierto. Yo aún confiaba en que se impondría la línea renovadora... Pero la nomenclatura falseó el sentido de la Perestroika, que siempre se había definido como un difícil equilibrio entre dos polos. Y desvió alevosamente hacia la derecha, aquí en Hungría, las reformas de Kádár y de sus partidarios. Desde el mismo aparato del Estado se lanzó una eficaz campaña de propaganda pro-capitalista. Todos los pequeños descontentos del país se canalizaron contra el chivo expiatorio del comunismo, situando en su demolición la promesa de satisfacción de todas las demandas. Campesinos siempre disconformes, muchas veces sin motivo, no pocos obreros deslumbrados por la imagen de bienestar y consumo que se difundía de Occidente, hornadas de estudiantes manipulables, soliviantados ahora por la fatuidad de algunos intelectuales sedientos de prestigio y de poder, profesionales envidiosos del tren de vida de

sus congéneres europeos..., empezaron a considerar que el Gran Cambio del pasaje al Capitalismo resolvería todos sus problemas. Y la propaganda oficial se encargó de confundir comunismo y estalinismo; de airear la crítica, merecida, del estalinismo, mostrando sus crímenes y horrores como si esos crímenes y horrores fueran la esencia, y no la degeneración, del pensamiento marxista..."

"Así se dio, amigo, este proceso de tránsito a la democracia burguesa y al Capitalismo. Un tránsito sin resistencia, sin violencia, deseado desde arriba y casi impuesto, pero también sin verdadera demanda popular, sin presión obrera y campesina... Los trabajadores húngaros, acostumbrados a obedecer, despolitizados por el estalinismo, se han subido al barco que con tanto empeño sus amos se afanaron en fletar, pero nada más llevar anclas caen en la cuenta de que nadie les informó de los pormenores de la travesía y de que a bordo son turbias las palabras acerca de la costa en la que, no se sabe cuándo, habrá sin remedio que fondear. No son, estos desavisados obreros, la oficialía del buque flamante y sombrío; ni tampoco la tripulación. Son los pasajeros. Y ahora empiezan a barruntar que han parado en una cueva de ladrones. Pierden sus empleos, se encarecen los más imprescindibles servicios, el alza de los sueldos sigue muy de lejos a la de los precios, ya de por sí desorbitados; se sienten desamparados ante el desmantelamiento sistemático de la sanidad pública, de la educación, del transporte, de todo aquello que antes les resultaba prácticamente gratuito. Y aumenta la delincuencia, escandalosamente. Se multiplican las huelgas. Los campesinos se indignan y vuelven los ojos al pasado, con menos nostalgia que desesperación. Por momentos, y acaso sin porvenir, las filas del socialismo renovador se incrustan como clavos ardiendo en la madera carcomida de la ya inútil denuncia y de la lucha contra corriente, ganando partidarios, engrosándose, erigiéndose en algo muy parecido a una infatigable consciencia crítica, tan animosa a la hora de la contestación ideológica como superflua en el juego político inmediato... Los embarcados de la nave capitalista, temerosos de lo peor, padecen por fin el atraco (sádico, carnicero) de la marinería toda. Las tierras cultivadas en común, arrancadas de las colectividades aldeanas, son puestas en venta, o se devuelven sin más a sus antiguos propietarios; comienzan los desahucios de las cooperativas... Se suceden los cierres de las 'improductivas' empresas estatales... El hundimiento no pasa ya desapercibido al visitante: las estaciones de metro se desbordan de vagabundos y mendigos, y por las calles de la capital se prostituye en masa la pobreza... El hambre asola... Pedro, un caos y una miseria. Hungría va hoy de cabeza al Tercer Mundo. Se deja colonizar por Occidente, agita la bandera del nacionalismo patriotero para distraer a la opinión, cifra su única esperanza en colonizar asimismo a otros países y se desvive por penetrar económicamente en los Estados más débiles del área, surge el peligro de la guerra con los vecinos, se incuba el fascismo... Nadie cree ya en la política. Se descubre a los antiguos comunistas liderando partidos liberales, católicos e inclusive monárquicos... Y esta nueva democracia húngara sanciona la hegemonía del colectivo que siempre detentó el poder, la nomenclatura, que, convertida ahora en burguesía dominante, puede por fin disfrutar de sus riquezas, acumuladas por el usufructo de la dirección política bajo el comunismo, y explotar sin los límites de antaño al pueblo trabajador..."

"Sin embargo, este gran engaño de la transición también tendrá su noche. Genera su propio descontento, su propia decepción - particularmente en los núcleos clásicos del proletariado y entre los sacrificados campesinos... Y, recuerda Pedro, en la base de todo este desarrollo se sitúa aquella pretensión de *tomar el Cielo por asalto*, de querer obviar una de las fases del desenvolvimiento histórico. Éste es el Estigma, ésta la Tragedia, de todas las revoluciones del Tercer Mundo, en Latinoamérica, África o Asia. Y ésta es la razón por la que todas fracasaron, por la que todas se consumen en el horror del estalinismo o desaparecieron -lo cual considero hoy mejor. Yo ya casi me alegro de que nosotros no hayamos triunfado, a pesar de todo, en Chile... No quiero pensar qué habría sido de un Chile socialista..."

Estaría en el mismo punto de todas las revoluciones comunistas prematuras del mundo... Mejor así, mejor esperar..."

El "Ibolya" ha cambiado. Dejó de ser estatal. Ahora responde plenamente a las expectativas de la época. Lo regenta una cooperativa de gente joven, que se ha beneficiado del giro en la política económica. Sigue siendo sucio, pero esta vez como por una recomendación de estilo y a fin de explotar la estética del desaliño. Cuando el camarero se acerca a la mesa, lo primero que hace es darle la vuelta al mantel de cuadros para que no se vean las manchas, manteniendo fresca en los labios, casi atruhanada, una sonrisa de saberse comprendido y perdonado. Y ya no luce un traje de chaqueta marrón sufrido. Los nuevos dueños-trabajadores son todos hombres. Llevan, sin excepción, el pelo largo, pero en orden, recogido o engominado, limpio en apariencia. Visten bien. Ni siquiera de diario... Visten como si salieran de copas. Pantalones vaqueros de marca, preferentemente *Levis*, camisetas informales, calzados deportivos de importación (*Nike* casi siempre)... Muequean al servir, pero con una afabilidad corrompida por el interés, quemada por el trabajo. Su clientela parece haber pasado de cabo a cabo por un filtro: ya no hay obreros, y se ven muy pocos profesores. Se diría que estamos en un garito de estudiantes. La música contribuye deliberadamente a ello: jazz, rock sinfónico, rock duro... Por alguna razón, que no termino de discernir, abundan los jóvenes africanos y asiáticos. Hay pocos húngaros, y ningún latino.

Han arrancado los focos del techo, y repintaron las maderas. El local recuerda ahora la lobreguez de una cueva, persigue terca y toscamente un efecto de penumbra de sótano. Se fuma en él sin descanso, y ese exceso de humo forma parte también de la decoración. Aunque el negocio sigue siendo modesto, se aprecian por doquier regularidades de diseño: colores apagados dentro de una gama que va del marrón al rojo, más madera y menos metal. Rejas interiores en las ventanas con escenas de hurto y violación a modo de vidrieras. Desapareció la plancha de *Pepsi*, aunque en su lugar cuelga ahora, brillante y soberbia como un estandarte, una de *Coca-Cola*. En la barra, pegatinas de *Levis*, de *Marlboro* y de *Nike*. Como triste signo de los tiempos, en una leja tras el mostrador, unas *babuscas* de estilo ruso: Marx, la más grande, y Gobachov la más pequeña, pasando por una mediana que representa a Stalin... La comida ha ganado en presentación lo que ha perdido en cantidad. Beber, en el nuevo "Ibolya", no está ya al alcance de todas las economías. Por supuesto, ha dejado de interesarme. No volveré a ser su presa...

Me enzarzo, enseguida, en una discusión con Edgardo. Le reprocho el teleologismo de su interpretación, la creencia mesiánica en un desenlace comunista de las luchas, su anacrónica fe en las fases de la historia, el componente metafísico de su concepción del tiempo histórico y del devenir, sus compromisos con el logocentrismo occidental, etc. No tengo, me digo en un desmayo de la polémica, derecho a ello... Con su versión de la crisis del Comunismo, Edgardo ha debido reconocer ya, previamente, y de forma dolorosa, el error de todo su existir y casi todo su anhelar, el absurdo de su biografía de luchador: jugarse la piel por la Revolución en Chile cuando, admite hoy, fue una suerte que no triunfara en su empeño; padecer persecuciones y exilios por estar equivocado; combatir en varias guerrillas latinoamericanas y africanas en beneficio de experimentos sociales condenados de antemano al horror del estalinismo; *haber desperdiciado su vida, en suma, su vigor físico y su talento, luchando cuando aún no era la hora de luchar o haciéndolo en el frente de la confusión, y tener que asumir hoy, desgarrado y arrepentido, su parte de responsabilidad, su parte de complicidad, en regímenes*

despóticos que hubieran irritado a ese Marx que tanto había leído y por quien, en último término, peleaba...

Reconocer eso y seguir en pie, jugando todavía a la crítica y al pensamiento, ya casi parece un milagro. Edgardo se mantenía en su sitio, no obstante, gracias a dos muletas que yo pugnaba por quitarle de las manos: la dureza de su convencimiento marxista, de su fe en el comunismo venidero, que arrancaría por fin al hombre del Reino de la Necesidad, como no había ocurrido en el Este por *impaciencia* y *sabotaje*; y la candorosa suposición de que sus tesis del Asalto al Cielo, de la Fortaleza Sitiada, del Comunismo de Campamento y del Comunismo Boutiquero (hermosas en sí mismas, al margen de su relación con la realidad), podían ser compartidas por alguien, atravesar la noche de la Cultura con la elegante presteza de una bandada de palomas surcando tristes celajes de otoño... Ese doble socorro le permitía de alguna manera conservar la paz interior a pesar del *enigma* que se cernía sobre su vida y su lucha: se había equivocado de estrategia, pero no de pensamiento; había malogrado su juventud y hasta su madurez, en pos de una causa condenada, pero todavía podía luchar con su pluma, con su cerebro, en favor de una correcta comprensión de lo que sucedió y de lo que estaba sucediendo en el mundo.

4)

Los filos reseguídos del dolor

Como Félix El Enlace, Edgardo El Exiliado salvaba algo de sí. El Enlace salvaba su lucha de ayer, a pesar del entredicho que la ensombrecía y del descrédito contemporáneo del anarquismo (con el que ya no comulgaba); y El Exiliado salvaba su pensamiento, no

menos cuestionado en nuestros días, y su lucha futura. Los dos habían sacrificado ya hebras del ser demasiado importantes, ya habían renunciado los dos a una parte irremplazable de sí mismos. El Exiliado abjuraba de su lucha pasada, es decir, de casi toda su vida; y El Enlace renegaba de su ideología y de su presente vacío, o sea, de casi todo su porvenir. *Pero el desencolado atril en el que, como libros abiertos por su última página, aún ambos se apoyaban amenazaba carcoma. La oscura yacija de orgullo, azotada por el vendaval de los tiempos, en la que reposaban como fieras, sornando, temiendo ataques indecibles, esperando en lo secreto algo más y algo menos que la muerte, estaba también hecha “de la misma materia que los sueños” y en cualquier momento podía desleírse como un castillo de arena ante el cabrilleo invasor de un mar embravecido. Lo mismo la yacija que el atril: el pensamiento marxista del chileno y su misión de historiador comprometido, por un lado; unas cuantas acciones heroica del brazo de la guerrilla, por otro. ¿Y si el marxismo, al menos tal y como lo entendía Edgardo, la ciencia de la historia y la lucha de los maquis hubieran estado siempre, o lo estuvieran ahora, del lado de la Opresión?*

Me dolía, sobre todo, ver al viejo comunista aferrarse a la disciplina histórica como si por fin empuñara un arma verdadera, como si librara de ese modo una lucha sin ambages. En mi opinión, sólo se asía a una cuerda rota, al más ruin de los consuelos para después de una frustración incomparable.

Era yo todavía un estudiante de los cursos superiores de mi especialidad y ya me representaba la ciencia histórica como un saber solidario con la forma moderna de la dominación. Descubría en sus conceptos, en sus categorías, en su lógica interna, el espejo rutilante de la opresión burguesa. Para desublimarla, para argumentar que no era más que una forma amedrentada y amordazada de la escritura y, en su positividad, una herramienta de la coacción social y estatal, utilizaba las palabras que estaban de moda en la filosofía crítica de la época: la veía manchada de logocentrismo, de metafísica, de onto-teo-teleología... Pero mi denegación de la historia se servía en mis escritos más incondicionados, más auténticamente “míos”, de otras palabras y otros lenguajes. Recuerdo un artículo que redacté para su publicación en un libro colectivo, y que fue rechazado por el coordinador en razón de su insolencia: *Escarbar no es el arma*, un texto que este invierno suave e interminable de 1993 ha cumplido ocho años de silencio y de inutilidad. Transcribo su última página:

“Dentro del mismo círculo, lo que se sabe es siempre lo mismo. Las conversaciones mantenidas por dos hombres del mismo círculo sólo sirven para llenar el hueco del tiempo. Algunas veces uno de ellos mira al suelo, y el otro el vuelo de un ave; en tales diferencias se materializa su trato. Otras veces se unen en la fe y, juntas las cabezas, se entusiasman mirando a lo alto... Pero el reconocimiento de la propia ligazón sólo se manifiesta cuando ambos bajan la cabeza al mismo tiempo y el martillo común desciende sobre ellos.”

F. Dostoyevski

Mientras esperáis el descenso del martillo -no tenéis nada mejor ni peor que hacer-, es preciso que os azoten con la escritura. Escribo para azotaros, y asomarme al hoyo. *Los historiadores permanecéis todavía en el hoyo de Kafka*: como un cuchillo, quisiera blandir esa certidumbre como un cuchillo.

“Habíamos cavado un hoyo en la arena. Por la noche nos enroscábamos todos juntos en el interior del hoyo; nuestro padre lo cubría con troncos de árbol y ponía ramajes encima, lo que nos protegía dentro de lo posible de las tormentas y de los animales. Después nos quedábamos dormidos casi a la vez. El hoyo resultaba demasiado estrecho para nosotros, pero habríamos tenido miedo de no haber podido pasar la noche tan apretados y amontonados.”

Se acabó el plural de cortesía. No más refugios. Retorno de la primera persona. El trabajo que acabáis de leer fue escrito sin duda

por un hombre del círculo. Por eso lo entendéis tan bien y por eso no os dice nada nuevo. Tuvo que ser escrito en el hoyo, y mirando a lo alto. Textos como ése surgen sólo de la promiscuidad del hoyo, cuando el Padre ha dispuesto las ramas y los troncos para proteger a la familia de los animales y de las tormentas. Sucede a veces que algún habitante del hoyo confunde su oscuro agujero con una poderosa trincherera y, desde su cobardía, se sueña héroe de extraños combates, vanguardia hundida en la tierra para defenderse mejor del Enemigo. No les ocurre sólo a algunos historiadores, pero les ocurre siempre a los mejores historiadores. Mientras sus compañeros de círculo duermen apaciblemente, los deslumbrados de la guerra escarban en el suelo para encontrar el secreto de la superficie -a eso llaman epistemología-, y acusan a los inconscientes de complicidad con el Opressor. Surgen entonces trabajos como el que acabáis de leer, y con los que todavía es posible halagaros. Os conviene creer en su verdad, si queréis disfrutar del bienestar del hoyo y de la evasión de la guerra... Pero no escaparéis así del martillo.

Incluso un hombre del círculo como yo puede intuir que *el hoyo no es una trincherera* y que *escarbar no es el arma*. Hasta un hombre del círculo como yo puede atisbar que *no hay más enemigo que el Padre*. Y que no se sale del hoyo trepando por la pendiente -allí arriba os espera el Padre. Incluso un hombre del hoyo como yo puede abducir que *las tormentas y los animales, bajo su horror aparente, son vuestros secretos aliados, como vuestros hermanos y compañeros son los aliados secretos del Padre*... Sólo escapará del hoyo aquel que sepa blandir el cuchillo entre sus hermanos, hasta rodearse de cadáveres y pisar la sangre de sus compañeros -aquel que haya acabado literalmente con todos los hombres de su círculo. *No habrá salvación colectiva*. Y, por supuesto, el que escape del hoyo no sabrá en adelante qué hacer con su vida. Kafka puede hablarnos de él -yo sólo sé que ése será el martillo:

"El que no sabe qué hacer con su vida mientras vive necesita una de sus manos para desviar un poco la desesperación por su destino (y aún eso de modo imperfecto), pero con la otra puede tomar nota de lo que ve por debajo de las ruinas, porque ve cosas diferentes y en más abundancia que los otros; es, sin duda, un muerto en vida y, a la vez, el único superviviente, lo cual no presupone que no necesite las dos manos, y más, si las tuviera, para luchar contra la desesperación..."

El Exiliado sabe que he escrito un texto a propósito de su mirada. Por carta, me pide que se lo envíe. Creo que no lo haré... Dice así:

"Un mar helado en sus ojos"

Dejando a un lado que es, por añadidura, una mirada homicida, fulgor de un rostro por cuyos ojos la muerte mira y habla y mata, me interroga acerca de su insondable dureza. No es la mirada atisbona de un dictador o la expresión de lerdo regodeo de un burócrata estalinista (ojos de rata en la oscuridad o de pavo cebón sobre la mesa de cocina), pero tampoco es la aterrorizada mirada que Goya soñó en Saturno. Como no hay en ella locura, aún menos cobijo presta a la inocencia: la dureza de esa mirada se fragua bajo un cielo todavía más inclemente -fuego que se hace roca, alfanje remoto de pedrería, la cuchilla de ese torvo semblante distingue a un ser que hubiera sido capaz de matar por sus ideas y, por tanto, de morir bajo el yugo de sus ideas. No es, simplemente, la mirada adusta y disecante de un fanático: el pedernal incendiario de sus pupilas delata a un hombre que cree saber en qué se diferencian sus convencimientos de los convencimientos de un fanático. Aparece, así, como un fanático doblado a sí mismo, un fanático a la segunda potencia... Sin ser los ojos de un guerrero, sí son los ojos de un pensamiento que guerrea a la desesperada, hendiendo el aire con la roma espada de su verdad caduca y sin alcanzar jamás a un Enemigo antiguo que, de tanto haberlo odiado, ya empieza a amar en secreto.

Como no persigue exclusivamente su propio interés, como no piensa de ese modo para salvarse o salvar a los suyos, no hay ambigüedad en sus ojos. Su mirada es pura, noble, límpida como el agua helada y helada como la ausencia de confusión: en el frío de sus ojos se congela un mar en calma, profundo, inmenso, amenazador.

No son los ojos escrutadores de un errabundo que halle consuelo en desnudar el alma de los demás y apenas sí ilumine con ese humilde candelero la senda, nevada de estrellas, de su bello extravío; no brilla su iris escarchado al sol de la arqueología; ni siquiera arañan la superficie herida de los hombres. Juegan a ello, como a la guerra el niño y el adulto al amor, pero tan sólo juegan. Y, mientras fingen ese humano rebajamiento, se dedican a otra cosa.

Es cortante de suyo esa mirada, de suyo es oscura como un pozo. Es, en primer lugar, una mirada acusadora, en la que se denuncia y condena por un solo movimiento: la mirada del Juez dictando sentencia - dictando siempre una sentencia de culpabilidad. No es la mirada del verdugo, ni la del sacerdote asistiendo por última vez al desahuciado. Siendo la mirada de un juez de hierro, es también la mirada del condenado que afronta con orgullo su propio destino. Sabiéndose más íntegro que el juez, que el público y que el cronista, persuadido de su necesidad y de su valor, este reo irredimible, escapado de una novela de Genet, ha juzgado asimismo a los magistrados que se ocuparon de su caso. Y los ha encontrado culpables, no importa si de bondad o de crimen consentido. En su mirada se funde el orgullo de acabar en la horca con la satisfacción de haber decapitado simbólicamente a quienes, por ritual o por encargo, se atrevieron a encausarlo.

Este hombre de los ojos de hielo se aferra a sus ideas para no perecer de levedad y para saber aproximadamente quién se despierta en su cuerpo cada mañana. Echó raíces en su pensamiento para que no arrastrara el arroyo de la vida ligera y por la común costumbre de hollar caminos de otro. Por eso, *en un tiempo en que la conmoción y el vértigo se ungen de Iglesia, en que las doctrinas estallan como los corazones y revelan su estruendoso vacío, en que se arremolinan los deseos en torno a hogueras de mezquindad y servilismo, en que las certezas enloquecen y se torna vagabunda la inteligencia, tiempo de las consignas furtivas, de las patrias sembradas de sal y de los discursos de humo, en estos días de ocaso y tránsito, de túnel y abismo, él no parpadea -o mejor, su pensamiento, sólo uno y siempre el mismo, no parpadea...* Condenado a vivir con un cadáver en la consciencia, con una ideología cadáver y hasta con el fósil doctrinal de esa ideología enquistado en la consciencia, más que pensar este hombre espera. Acepta el cruel veredicto de la época sobre su conducta pretérita con un gesto gastado de arrogancia y de sabiduría fingida, y acusa a quienes vuelven la espalda a la Razón (su norte y su infierno) de haber perdido el rumbo.

Ante la ventana de sus ojos no hay una piedra atravesada que dificulte la observación de lo real: hay un muro de ladrillos con una Biblia segunda pendiendo de un triste clavo, con una Biblia abierta por su penúltima página y a punto de caer. Cuando, sin caer el Capital, su libro caiga, cuando caiga con la Biblia también el clavo, y nada, salvo el horrible muro, se entregue a sus sentidos, entonces cerrará los ojos. Mientras tanto, este hombre de inhóspita mirada contemplará el mundo a través de sus ajadas páginas -a través de lo que un segundo Mesías escribió para otorgar una hermosa patria de papel a los luchadores chinescos como él, combatientes de corazón de piedra y mano de acero, hombres de un mar helado en los ojos y en los labios un desierto de ceniza.

Y no le enviaré esta descripción de sus ojos, que él, por otra parte, podría encajar muy bien (hasta ese punto hemos fundado nuestra camaradería sobre la brutalidad animal de la franqueza), por un sentimiento de rubor y de inquietud que me asaltó al leer su última misiva, la carta casi gimiente en la que solicitaba mi escrito. Parece como si Edgardo

cayera también de su pensamiento, y renunciara a su misión de historiador; parece como si se entregara, ya sin ninguna resistencia, a la voracidad del Enigma:

"Tengo algo que decirte sobre esa experiencia de la locura que desata los demonios que llevamos dentro... En estos días comencé a sentir el precio que tengo que pagar por haber consagrado mi vida a tratar de reformar el mundo; perdí la tranquilidad, el sueño, me entristeció el egoísmo humano, regresó el fantasma del suicidio, adulator, sugerente, sibilino, prometedora de venganzas dulces... En mi caso también hay semejanzas con tu conducta; se comienza a atacar a otro, a inocentes, se produce dolor injusto... Es una explosión de desesperación, una muerte después de la muerte."

Defiende El Enlace la peligrosidad intrínseca de su lucha como colaborador de la guerrilla ("Hoy se dicen muchas cosas... Pero los que escriben sobre aquellos tiempos no los vivieron. Y los que los vivimos no podemos hacer valer nuestra verdad..."). Deseo sin embargo comprobar mejor la firmeza de ese convencimiento, la tenacidad de este hombre a la hora de justificar -ya sin motivo- su pasado:

- " Hay en la Casa Cuartel de Ademuz un Guardia Civil que quiso ayudar a sufragar los gastos de esta investigación. Yo no accedí. No me trato con esa gente... Pero él le contó a un alumno mío, que también era Guardia, una curiosa historia. Su padre había muerto en Jabaloyas a manos de los maquis; y, en su opinión, por culpa de esa política de no-persecución, de tolerancia relativa de la guerrilla, que seguía la Dictadura por aquellas fechas. Según este hombre, la Guardia Civil de Ademuz tenía órdenes de no perseguir a los maquis hasta sus campamentos. Dice que las instrucciones eran muy precisas a ese respecto: detener de vez en cuando a alguno de sus colaboradores, pero por poco tiempo, y dejar a otros en libertad; apresar a los bandoleros cuando éstos bajara a las poblaciones, mas no ir directamente en su búsqueda ni acercarse a sus escondrijos... Todo esto lo sabe por varios compañeros de su padre. Como miembro del Cuerpo, no podía difundirlo. Y esperaba que yo, en calidad de historiador imparcial, por fin mostrara al mundo la verdad: que el Régimen ambicionaba obtener cierta rentabilidad política e ideológica de la persistencia de los maquis, y que para ello no dudó en sacrificar la vida de algunos Guardias Civiles que le eran leales no tanto por afinidad de pensamiento, o simpatía hacia los fascismo, como por profesionalidad, servicio a la sociedad y para ganarse el pan... Según parece, al padre de este Guardia se le encomendó una misión en principio no demasiado peligrosa: debía ir a un bar de Jabaloyas, vestido al modo de los maquis, e informar de la actitud del propietario. Se sospechaba de ese hombre, por su vinculación familiar con un cargo político o militar de la República. Si, de alguna manera, el dueño de la taberna se delataba en el acto al confundir al Guardia con un guerrillero, ya se tomarían las medidas oportunas. Y, si no se delataba al momento, habría que esperar a ver cuál sería su reacción en las jornadas siguientes: si denunciaba el encuentro a la policía o, por oscuras razones, se callaba y lo ocultaba... Se pretendía descubrir si ejercía de enlace y colaboraba con la partida del Morro del Gorrino. Según le comentó a mi alumno su superior, el encargo era absurdo: de sobra se sabía dónde se refugiaba esa partida, que tomaba el nombre de una colina próxima a La Hoya, un penacho moteado de cuevas que le servían de habitáculos. Pero, como en otros casos, había instrucciones de no reducirla y de dejarla operar; de contentarse con identificar a sus enlaces en el área. Y sólo cuando, por una triste casualidad, tres hombres de esa cuadrilla se encontraron con su padre, el Guardia Civil vestido como ellos, en la cantina de Jabaloyas, y aquel trío le disparó casi a quemarropa, sin darle la menor ocasión de defenderse, sólo entonces, cambiaron las órdenes para ese particular y se preparó la emboscada de Arroyofrío... Y él, entretanto, había perdido a su padre. Y lo había perdido a causa de una estrategia

errónea, inhumana, de un Régimen también inhumano y erróneo. Entre una cruel Dictadura y una guerrilla desalmada, le habían arrebatado a su padre. Y este Guardia, en su condición de servidor de la seguridad pública y exponente de la nueva hornada democrática, anhelaba en desagravio honrar a la Verdad y a la memoria de su progenitor subvencionando de algún modo la realización de mi estudio. Según él, en definitiva, Franco protegió a los maquis del celo de la Guardia, y para cuando cambió de política, cuando desistió de protegerlos, porque dejaron de parecerle utilizables, para entonces, ya habían perdido la vida, estúpidamente, demasiados defensores del Orden -y, entre ellos, su padre."

Félix, que me mira con un gesto grave, de no creerse nada, como si la simpatía que por momentos surcaba el mar agitado de nuestra charla encallara definitivamente en el bajío de una legítima desconfianza, responde tajante: "No tuve conocimiento de eso, ni de nada parecido. En mi vida he oído algo tan ridículo: Franco protegiendo a los maquis..."

En otro trabajo, para fines distintos, recogí el incidente de Jabaloyas, al que siguió la desertión de Cándido (El Paisano) de la partida del Morro del Gorrino y la masacre de Arroyofrío:

"Si es escaso el perfume verdadero, también lo es el verdadero veneno. Lo atestigua la sabina, escasa, veneno y perfume. Aquella síntesis de los contrarios que de vez en cuando la áspera Naturaleza ilumina bruscamente (y que Blake evocó de este modo: 'La versión del Demonio es que el Mesías fue quien cayó y formó un cielo con lo que había hurtado al Abismo') halla en la sabina su expresión más turbadora. En su tronco rizado, donde parecen cicatrizar las heridas de todo un siglo, celebran sus bodas la belleza y la muerte... La historia de la sabina se mezcla con la de las gentes del país hasta un extremo de magia y locura: ya no es savia, sino sangre, lo que nutre al majestuoso y entenebrecido árbol; y ya no es un corazón humano, sino el corazón granate de la sabina (un corazón duro, antiguo, brillante, brutal y halagador a la vez), el que late en el pecho de estos hombres.

El rojo corazón fragante de la misteriosa conífera sabe de alegrías humanas y de humanos tormentos. Arropa al aterido campesino en las crudas largas noches invernales; pero también sirve de tijera y destreal a la mujer que no quiere ser madre. Su minúsculo y terrible fruto protege la vida que vive, y mata la vida que no deja vivir. Sangra en su corazón grana el protector licor que apaga la vida titilante, y alimenta su prieta madera el fuego destructor que abriga y salva. Por esta extraña intimidad con la alegría y el tormento de los hombres, la sabina, a punto de desaparecer, vive en los relatos y en los recuerdos; se hace eterna como el mito y el fantasma.

Como el eco de un quejido sostenido, ululante de cuentos y de leyendas, la temible dulce sabina, horrorosamente bella, escasa como el veneno y como el perfume, adorna estos páramos olvidados y casi ausentes, veteándolos de verde opaco y de abromado gris vibrante.

1947. Jabaloyas, no muy lejos de Arroyo. Los escudos de las casas, la nobleza de los materiales y el porte general de los edificios revelan que este pueblo perdido de la sierra brilló un día como sede de la aristocracia guerrera. Las montañas que aherrojan la aldea por el oeste expelen un irrespirable aire invernal. Despiadado hálito de las nieves, se diría que el viento cruza las calles con un cuchillo entre los dientes. Viejos cantoneantes defienden sus gargantas, de la hoja de ese cuchillo, con raídas bufandas de lana. El reloj de la iglesia medieval anda a marcar las siete. Junto a la plaza, antigua y desierta, bulle una cantina. Frío anochecido. Difuso arrebol en lontananza. Un hombre de la Contrapartida, guardia ataviado al modo de los maquis, atraviesa con paso firme la plaza y entra decidido en la tasca. Por sus ropas sucias de tiempo, mal zurcidas, su morral abultado, el barro de sus botas, la barba rala de meses que oculta sus facciones duras y un mirar menos fiero que desconfiado, se le toma por

lo que no es. *Sólo una duda: ¿cómo se atrevió a entrar, si no es de sabina el humo que envuelve la plaza?* Cuestión de arrojo, tal vez. Acogido por el mesero con discreción y tímida simpatía, se le da asiento junto al hogar. Espoleados por el hambre y las horas, los hombres apuran sus vasos de vino y abandonan la taberna. Sólo quedan, junto al fuego, el forastero de aspecto sufrido y, al otro lado de la barra, un tanto desconcertado, el mesero que con aquella vacilante cordialidad le atendía. Tras servirle la común 'tajada' de lomo de cerdo y una jarra de vino de la tierra, decide este último, para salir de una duda terrible que le oprime el pecho y corta la respiración, arrojar al fuego una raja de sabina. Con toda ceremonia, y de un modo anormalmente pausado, casi gesticulante, el hombre alimenta el fuego con la insinuante conífera. Se alarma al instante, pues no percibe respuesta alguna en el rostro del extraño. No se dilata su pupila, no sonríen sus labios, no descansa su espíritu. Continúa en su silla, raramente tenso, callado y ni siquiera meditabundo... Quizá sea un hombre entrenado en el difícil arte de no dejar traslucir sus sentimientos. Quizá no se fíe. O no baje nunca la guardia. No deseará transparentar lo que sin duda debe saber: que la sabina crepitante rocía la calle con su inolvidable fragancia, y es ésa la señal que espera el maquis verdadero para cerciorarse de que no hay peligro, de que puede entrar confiado en el bar como entra en las recónditas grutas de los rodenos, sabiéndose allí, podría decirse, amigo entre sus amigos... Consumiéndose en el espanto de esa duda afilada, punzante, inaguantable, sale maquinalmente del garito.

Tres hombres de incierta apariencia, con las ropas no tan sucias aunque sí mal zurcidas, los morrales ligeros de peso, apenas barro en las botas, barbas de pocos días y un mirar más fiero que desconfiado, cruzan la plaza, vieja y vacía. El mesero, que, con unos pocos mendrugos de pan florecido y acartonado, avía en esos momentos a un perro flaco sin raza, levanta la vista al desafiante trío y frunce el entrecejo. Apoyándose en el alféizar de la puerta, se arma de un valor arcaico y caduco:

- ¿Qué se os ha perdido por aquí?

La respuesta es inmediata, inapelable como la escarcha que se cierne sobre los sembrados:

- Huele tu hoguera a sabina. A ti te lo podemos decir: Guerrillera del Levante, partida del Morro del Gorrino.

- ¿También vosotros? No esperaba a más de una legación.

- ¿Qué dices?

- Tengo ahí a uno de los vuestros.

- ¿De los nuestros?

En el silencio estrellado de la noche, los hombres se intercambian torvas miradas. No hablan, pero sus ojos ya lo han dicho todo. El mesero empieza a entender.

- Entra y no digas nada. Sepárate de él. ¿A qué lado está? -inquire el más alto, de tosco semblante y expresión deslavada, mientras sus compañeros continúan resistiéndose a aceptar la situación.

- ¿Estas seguro, Paisano? No tenemos por qué hacerlo... -interrumpe un guerrillero.

"Cuando las cosas se complican, El Paisano no tiene que esperar órdenes de ninguna parte, ni se retira; sabe lo que tiene que hacer sin que nadie se lo diga. Topar con uno de la Contrapartida es el mayor peligro que puede correr un guerrillero. Si hoy no nos sorprende a nosotros, mañana puede sorprender a cualquiera...". Este debe ser el pensamiento en el que Cándido se demora apenas un segundo, buscando una justificación para la determinación interior que, antes de toda reflexión, se ha encendido en su pecho. Pero no dice nada. La ausencia de respuesta es ya más que una respuesta. Se dirige de nuevo al mesero:

- ¿A qué lado está?

- Conforme se entra, a la derecha. Junto al fuego.

Danza en la plazuela el embriagador sahumo de la sabina... Cala en el coraje de los maquis. Les trae el aroma de un pasado reciente y robado, aroma de lumbres extinguidas en la Colectividad y trabajos derrochados en el bosque. Al calor de la sabina soñaron un Mundo

Nuevo. Decía ser un Nuevo Hombre el que se desojaba en sus brasas... Al calor de la sabina se despidieron, los más valientes y los más marcados, de sus seres queridos; y, sin confesarlo, casi se despidieron también de su Esperanza mancillada. Conquistaron el pan, como no hubiera querido Kropotkin, en la desamparante rudeza del monte, arrojando a las llamas de su abrigo leña de arbustos menos nobles y añorando en las dormidas al raso la acariciadora cálida fragancia de la conífera amiga. Ahora aún les servía de contraseña, como si no quisiera desligarse de su fúnebre destino, al menos en la cantina de Jabaloyas.

Danza en la calle el violento amable olor de la sabina quemada. Envuelve en perfume y veneno, envuelve en belleza y en muerte... Arde su corazón herido en el hogar, refocilando al expectante policia emboscado. "Mañana mismo -se dice- hay que detener a este hombre... O a lo mejor conviene vigilar la taberna y de momento esperar... ¿Y si, nada más irme, corre el sospechoso a la Casa Cuartel a denunciar el encuentro? No sé... Casi me sonrió..."

Como un huracán que arrancara la puerta y parara los corazones, irrumpe el trío en la taberna. Abre fuego sobre el hogar, la mesa, el vino, el agente... Mientras la mancha de sol poniente de la sabina se resiste a renegrear en la chimenea, la vida del Guardia Civil se esfuma como un mal sueño. Cae el cadáver sobre el fuego. Las brasas de la sabina se excitan ante la carne. En un ardoroso abrazo perfumado se consume el pecho del falso guerrillero. Desde entonces se dirá -como un epitafio grabado a cincel en la memoria de piedra de las gentes del país: "Se lo llevó la sabina".

Los maquis se van. La sabina queda. Los maquis y la sabina... Los maquis se fueron. Desaparecieron. La sabina se va, desaparece, apenas queda. Testigo mudo de los crímenes de los hombres, se convierte hoy a la vez en la víctima de un crimen consentido -su tala. Esta tierra llora el vacío de sus sabinas matadas. Ríe en cada sabina que aún vive. Y lucha por subsistir como ellas."

La suposición de que El Paisano comandaba aquel trío me pertenece por completo. Ningún testimonio apunta en esa dirección. Y tampoco podría explicitar por qué me complace responsabilizar a Cándido de la iniciativa homicida. No sé si me lo represento capaz de semejante determinación, de una tan sombría decisión ante la puerta de la cantina (cuando asesinar al Guardia era sólo una posibilidad, ni siquiera un deber, casi más bien un capricho; o quizá todo lo contrario: un imperativo inflexible de la conciencia sublevada, una exigencia ingrata de la voluntad de combatir la iniquidad del Franquismo...), no sé si le imputo aquel crimen, para comprender mejor su lucha o para terminar de anegarlo en una oscuridad de sol muerto y palabras ahogadas.

- "La idea de que Franco protegió de esa manera a los maquis me parece una ofensa, un insulto, a todos los que generosamente sacrificaron su vida por la libertad -continúa mi informante. Y eso que me cuenta acerca de Arroyofrío, que yo no lo llamaría 'emboscada' y sí 'trampa', demuestra precisamente que con los guerrilleros no se tenía ninguna compasión ¿Sabe lo que allí pasó, lo sabe en detalle?

También yo padezco como una ofensa, casi un insulto, este tono repentinamente frío, seco, este trato de "usted" sutilmente remarcado, con que Félix me castiga por mi escepticismo...

- "Me gustaría conocer su versión. Tengo una idea muy..., muy general, muy borrosa, de aquel episodio. Y sí que fue, antes que otra cosa, una trampa."

Sin embargo, si tengo que reparar en una víctima casi absoluta del enigma de las luchas, víctima de un compromiso, de una combatividad que se vuelve contra su agente y lo devora, ése no es el caso de Félix El Enlace, ni siquiera de Edgardo El Exiliado, sino de un compatriota de este último, a quien conocí, por mediación de mi amigo, en Budapest: Juan Villalobos.

Prefiero hablar de este hombre con las palabras de otro tiempo. Siempre me ha cautivado la idea de una obra literaria que se resistiera a constituirse como tal, como Obra, y se presentara al lector, no en el momento intermedio de una primera o segunda redacción, sino en la fase -ni siquiera previa o preliminar- del Taller, del acopio de unos materiales que valen ya por sí mismos, liberados de posteriores y falsificadoras elaboraciones, en su dispersión, como un atentado contra toda pretensión de unidad, de discurso homogéneo, igual a sí mismo desde la primera página hasta la última. *Esa escritura de factoría, de cúmulo, de diferentes lenguajes y registros diversos, sería capaz, a diferencia de la escritura cerrada y unitaria (y justamente por la dispersión estudiada de sus motivos, por la heterogeneidad rigurosa y en absoluto aleatoria de sus componentes, por su planeada anarquía, su desorden dentro de un orden descentrado, su fragmentación dirigida y nunca gratuita...), de mostrar procesos y sentidos, problemas y desarrollos, que ningún discurso de la homogeneidad y de la coherencia, del tiempo recto y de las palabras hermanadas, podría ni siquiera rozar.*

Para un fin que por aquel entonces en modo alguno entreveía, hace ya cinco años que recogí, como en un escorzo de escritura, con trazos rápidos y hasta groseros, la historia de Villalobos. He aquí el boceto, en su vejez y en su inacabamiento, en su insolventable falta de elaboración -como diría M. Duchamp, “un trabajo definitivamente inconcluso”...

5)

El husmo

Relato del Horror

Hay hombres que llegan a familiarizarse con el horror, que se habitúan a su compañía e incluso conviven con él como con un hermano - seres que son hablados por el horror, pensados por él, movidos y hasta inventados por ese sufrimiento trágico en el que el horror se resume y aniquila. Y éste es el caso de Juan Villalobos. Sé poco de su infancia, de su juventud, de su primera madurez. Sin embargo, lo que me han contado de su vida irremisiblemente adulta, de su matrimonio,

de su paternidad, de su trabajo y de su exilio, logra aún conmocionarme, aturdirme como un golpe seco en la cabeza: se diría que el Destino lo eligió para descargar en él la Tragedia que ya no podía soportar.

Probablemente, existe en el horror un lado fatal, a un tiempo irrevocable e ilegible, que nada tiene que ver con el mundo y la historia de los hombres, un lado anegado en el misterio, en una oscuridad que ni siquiera llega a ser densa (una oscuridad plana, lisa, acerada, irreducible al color e inmune al tacto como la pesadilla de nuestra muerte); y un lado puramente humano, en el que se refleja el monstruo que alimentamos en sociedad -la bestia que somos ante el otro, y que nos devora como nos devora el otro-, todo el mal del que nos tememos capaces, la Desgracia que quisiéramos contemplar o, al menos, describir, aferrar con el garfio de las palabras. Y Villalobos padeció el asedio del horror integral, del Horror mayúsculo y de su sombra, su doble humano -feo, pequeño, malévolo, hiriente como la mordedura de una rata, un horror que nos arrastra por los callejones de la existencia como latas vacías, colillas apuradas, huesos resecaos que hasta los perros se casaron ya de roer.

Su primera hija nació "condenada". Una tara extraña y terrible, que pocas veces se manifiesta en la vulgar Europa, todavía mal conocida, se cebó en la chiquilla, de tez más roja que morena, oscura tremulante, herida, cual ascua de leña de olivo, ojos pardos indígenas, sin fondo ni brillo como el corazón de la soledad despiadada, y gruesos labios sensuales, henchidos de placeres en flor -rasgos que hubieran forjado una belleza singular, antigua y vengativa, de haber adornado otro cuerpo.

María (así se llamaba la infortunada, como si quisiera esconderse tras un nombre que, de tan usado, ya a nadie distinguía) no podía crecer. Jamás crecería. Su estatura siempre se correspondería con la de una niñita de corta edad: si no recuerdo mal, apenas superaba el metro de altura. Pero no por ello habría de detenerse, de forma paralela o complementaria, su desarrollo. En todos los demás aspectos (piel, cabello, rostro, inteligencia,...) la muchacha conocería una progresión absolutamente normal. Y éste era el pequeño detalle que la condenaba -a la fealdad, a la soledad, a la tristeza perpetua, a la vida de los monstruos: su cuerpo, sin sobrepasar nunca el listón de aquel metro de altura, no dejaría de 'crecer', de expandirse, de extenderse, a lo ancho...

A los dieciocho años parecía ya más gruesa que alta, persiguiendo sin prisa la imagen de un informe grumo de grasas, un saco orgánico repelente y desazonador. A un ser así (amasijo 'animado' de un montón de huesos torcidos y de una mole de carnes flácidas, colganderas, a punto de desbordarse por las montañas de sus senos, de su vientre, de sus nalgas) no le cabía, en justicia, el calificativo de "feo": más que contrariar el sentido estético del observador, lograba estremecer todo su cuerpo, azotar su corazón. Se instalaba decididamente, más allá de toda fealdad concebible, en la región de lo escalofriante. No 'desagradaba': sumergía en el horror (dilataba la pupila y oprimía la garganta hasta el punto de invitar al vómito).

Villalobos nunca se recuperó de la desgracia de su primera paternidad. Tuvo que habituarse a convivir con un monstruo e incluso a quererlo. Tuvo que aprender a ocultarlo de los ojos de los demás, a mirarlo sin verlo y a oírlo sin escucharlo. Tuvo que preparar su casa para esconder tan horrendo ser, conseguir que desapareciera en ella como una pesadilla en el espesor del sueño...

No es de extrañar que este chileno de origen humilde, mecánico de profesión, un poco demasiado comunista por simpatía y consciencia de los males de su país -pero sin carné, afiliación o registro escrito-, buscara pronto un nuevo hijo, deseoso de volcar en él todo el cariño que el monstruo parecía rehusar o que él no sabía hacerle llegar adecuadamente... Como si el destino lo castigara por algún error antiguo, Villalobos tardó más de cinco años en volver a ser padre. Pero, al final, se rompió el maleficio; y su mujer, una campesina de la sierra, de aspecto inequívocamente indígena, dio a luz otra

chiquilla de pelo oscuro, tez negra enrojecida por rabiosos fuegos primordiales, ojos pardos sin profundidad y gruesos labios nativos... Aunque nunca lo comentaron, tanto él como su esposa asistieron a los primeros años de vida de la muchacha con el terror de que reprodujera la cruel dolencia de su hermana. Midieron cado dos meses su crecimiento, controlaron su peso, intentaron recordar la primera infancia de María ansiosos de hallar grandes diferencias, contrastes absolutos. No acudieron a ningún médico, no sabrían decir si por temor o por desconfianza. Y llegó un momento, cuando la criatura atravesaba su segundo año de vida, en que consideraron completamente infundado su miedo... Les embriagó poco a poco una felicidad casi olvidada al comprobar que, corriendo el tiempo, sobrepasaba el metro de altura y se encaminaba -diríase que hasta con urgencia- hacia una estatura ya estimable. Una belleza furiosa y primitiva, en la que latía un fondo de resentimiento y de odio dirigido, comenzaba a encarnarse en la muchacha, que adquiriría visiblemente (quizá por el arcaísmo de su misteriosa sonrisa o por la voluptuosidad hostil de sus andares) el encanto viejo del trillo y de la cerbatana... Pero pronto se detuvo.

Apenas había cumplido los nueve años cuando empezó a reproducir los síntomas de la enfermedad de la hermana: dejó de crecer y en poco tiempo engordó de manera exagerada, pavorosa. En un primer momento, los padres procuraron restar importancia a los alarmantes cambios orgánicos sufridos por la niña, tal vez para no desmoralizarla y como si todavía alentaran mágicas esperanzas. La apuntaron en un gimnasio y le recomendaron que guardara algún tipo de régimen. Pero pasaron los meses, y el mal ya no admitía disfraces; se mostraba en toda su terrible, y torturante, dimensión. Con ello, se apagaba para siempre la vacilante llamita de la alegría familiar...

Villalobos se encontró con dos monstruos que mantener y ocultar, que amar como se ama lo patético. Y una rara solidaridad, una asombrosa afinidad de comportamientos, tendió a convertir a las dos muchachas en una especie de criatura única, repetida -el monstruo y su reflejo. Juan y su esposa tampoco se preocuparon de subrayar la singularidad de cada una de sus hijas, de reforzar la individualidad de sus caracteres -el núcleo de su personalidad. Al contrario, como si desearan ocuparse de ellas con la máxima economía de medios (de tiempo y de dolor), les compraron la misma ropa, el mismo calzado, las sometieron a una misma dieta alimenticia, les cortaron el pelo de la misma forma, las escondieron en la misma habitación, y adoptaron la extraña costumbre de referirse a ellas indistintamente ("las niñas", "las pobres", "nuestra cruz", "las enfermas",...), de no hablar jamás con sólo una de las hermanas, de llamarlas a las dos de una vez y de evitar todo contacto, y todo encuentro, con una u otra por separado... Probablemente, Villalobos y su esposa obraron de ese modo guiados por el deseo inconsciente de atenuar su pesar, de reducir su ansiedad: ocuparse de un problema, y no de dos; sufrir por una sola desgracia; no ocultar más de un monstruo...

Pero me aterra imaginar las consecuencias de esa injustificable actitud sobre la psicología de las hermanas, sobre su sensibilidad. Si debe provocar ya un desgarramiento inconcebible admitir la propia condición de "ser deforme", asumir la conveniencia de vivir a escondidas, aceptar haber llegado al mundo con la sola misión (y el único futuro) de castigar, de torturar, a sus progenitores, si esas circunstancias deben ya de por sí marcar de un modo siniestro, sombrío, la subjetividad de toda criatura -forjando tal vez, junto a ese monstruo físico, otro monstruo mental, un carácter mutilado, aberrante, no sé si criminal-, qué devastadores efectos, qué atroces consecuencias, no arrastrará tener que someterse también a esa estrategia de neutralización, de aniquilación, de la personalidad (ese someterse a una pérdida de identidad que sólo se recobra como miembro, como parte, de una criatura doble, de un ser compuesto).

Debo confesar que me consternó contemplar a las dos hermanas, la una un poco más alta que la otra, bajísimas ambas (casi enanas), enormemente hinchadas, con un cuerpo tan desagradable que a su lado me parecerían bellos los bufones, los tullidos, los personajes contrahechos de los circos antiguos... Y me alarmó la expresión de sus

ojos -eran ojos de alienados, de presidiarios maquinando la escapada, ojos de posesos sin cura ni culpa-, en los que el brillo de la inteligencia marginal, de la inteligencia solitaria, secreta y maldita, apenas quedaba velado por una sombra de pudor, de miedo, de consciencia de la propia debilidad... Tuve la impresión de que aquellas miradas, indistintas, como calcadas, solicitaban mi perdón para un crimen que todavía no había tenido lugar; creo que imploraban piedad por adelantado. Pensé que sólo por el camino de la Venganza aquellas criaturas recuperarían su razón de existir, un raro orgullo, la propia estima y cierta opaca grandeza... La víctima no tendría importancia -la madre, el padre, un visitante... *Y con sus ojos espeluznantes las enfermas requerían mi comprensión y mi perdón. Reclamaban mi solidaridad... Acepté la condición de cómplice y, sin mover los labios, como por un viento que soplabo desde el fondo de mis ojos, dejé caer una sonrisa temblorosa de abyección y asesinato.*

Comentado el caso con Edgardo, el viejo profesor, tuve conocimiento también de un par de detalles sumamente reveladores: las chicas nunca hablaban entre sí, y parecían comunicarse tan solo por un código privado de miradas y de gestos. María, la mayor de las hermanas, jamás tomaba la palabra delante de sus padres, y había recaído en la menor actuar como portavoz de la pareja en la conversación familiar... Hablaba por las dos -su garganta, su discurso, era de las dos. Y siempre, incluso sola, se expresaba en plural ("anoche no pudimos dormir", "no tenemos hambre", "nos vieron por la ventana",...). Juan sabía que su primogénita no había perdido la capacidad de hablar -de madrugada, en sueños, turbada por alguna pesadilla, profería palabras inconexas, expresiones mínimamente articuladas... Pero no quiso profundizar en el asunto, temiendo recrudecer su ansiedad.

Conocí a la familia Villalobos en Budapest, precariamente instalada en un "conejera" de Ujpalota, arrabal del extrarradio en el que se hacinaban los últimos inmigrantes del llamado Tercer Mundo -latinos y asiáticos enquistados en un baluarte tradicional del subproletariado húngaro. Juan se exilió por miedo a la Dictadura, ya que nunca había ocultado la orientación comunista de su pensamiento. Sin embargo, en ningún momento recayó sobre él la amenaza de la detención inmediata, el augurio de una persecución efectiva. Me contó que algunos de sus compañeros de taller, comunistas convencidos como él mismo (igualmente "independientes", reacios a toda forma de afiliación), habían permanecido en Santiago sin padecer hasta la fecha ningún tipo de represalia. De algún modo, reconocía que abandonó Chile por un exceso de prevención, por una exagerada suspicacia, un temor infundado. Y jamás pudo reunir los medios para regresar... Sus compañeros de trabajo prosperaban, en el país; y él vivía miserablemente en Hungría, como un extranjero incomprendido y demasiado torturado para comprender.

Se arrepentía de haber huido -y ese remordimiento parecía oscurecer toda su responsabilidad en el probable enloquecimiento de sus hijas. Si se culpaba de algo, se culpaba de aquel brote de cobardía, de aquella insensata precaución... La psicosis del perseguido, la paranoia del combatiente acorralado, le había empujado a escapar de su propio bienestar, de su inveterado ideal de enraizamiento en la patria. *Y en Hungría le asaltó el otro horror, el horror humano, histórico, el muy concreto horror real.*

Padeció en su piel toda la crueldad de un comunismo deformado, tarado, lisiado, infernal: el comunismo que fracasó en todas partes por no haber sido jamás igual a sí mismo, sino secretamente afín a su contrario -a su reverso. Ese comunismo envenenado, indistinguible de la opresión democrática contra la que se sublevaba sólo de palabra (asistido por los mismos conceptos de Razón insomne y vigilante, Progreso irreversible, Verdad Objetiva, Ciencia Neutra, Educación Dirigida, Élite Cultural y Política,...), se había encarnado en Villalobos y, todavía en mayor medida, en sus "compañeros" de exilio. Un mismo idealismo de la Historia, de sus leyes y de sus fases, de las metas de la Humanidad y del largo camino teleológico, inspiraba al dictador chileno y a sus enemigos "revolucionarios" -por los dos lados, la misma ignorancia del dolor concreto, de la voluntad no sometida, del hombre de carne y hueso y de su sufrimiento físico. Por

los dos lados, una Causa Sublime que imponer sin reparar en los medios (la Patria o la Revolución), convertida en Causa de la Humanidad misma, en Ideal absoluto e irreprochable, al margen de las pequeñas y tangibles "causas" de cada ser real, de los minúsculos y heteróclitos "ideales" cotidianos... El comunismo que sucumbió en Villalobos fue también el comunismo que zozobró en el Este (el comunismo que persiguió a Villalobos y que azotó al Este): un comunismo esencialmente idéntico a las democracias liberales y a los fascismos contemporáneos, larvado en la insuficiencia y en las aporías de la Ilustración -en el discurso de la racionalidad burguesa moderna.

La familia Villalobos llegó a Hungría huyendo de un peligro imaginado, de una bestia "intuida" -un peligro y una bestia tan inclementes como la enfermedad de sus hijas, pero que en esta ocasión no tenían por qué cebarse en el infortunado cuarteto. Y en Hungría halló otro peligro, en principio insospechado, inimaginable para un hombre como él, creyente antiguo y bondadoso: *halló fuera de sí, en sus compañeros, el "monstruo" que él mismo incubaba -la inhumanidad del sectarismo revolucionario...*

Rememorar la historia de la constitución en Hungría de un *segundo Estado*, clandestino y vaporoso, con sus propias normas, su propio gobierno, su propia policía..., excedería en mucho nuestra capacidad de investigación, de análisis académico. Sobra los datos, las pruebas, los testigos y los documentos para quien se interese por este problema: cómo un Estado puede albergar a otro y, en su coexistencia, confiar en el otro para mejor obtener sus fines...

Los chilenos de Budapest, exiliados por motivos análogos, pero llegados a la capital del Danubio en diferentes oleadas, a veces individualmente, arrojados por siglas de partidos distintos o incluso ajenos a toda afiliación acreditable, pronto se buscaron los unos a los otros, se reunieron aquí y allá, se concentraron -en la medida de lo posible- en los mismos populosos barrios, se "organizaron"..., y se *hicieron cruelmente la guerra, sin retroceder ante la tortura o el asesinato.*

De entrada, admitieron colectivamente que no reconocerían, sin más, las leyes del Estado húngaro y que, aunque debían someterse aparentemente a esos dictados, elaborarían por su cuenta, de la forma más democrática concebible, un *Reglamento* propio, una *Normativa* chilena en relación con la cual se desenvolvería la vida de los exiliados en su calidad de "resistentes" (perpetuos) a la Dictadura, vanguardia comunista del pueblo oprimido, luchadores de un nuevo Frente Exterior -y no meros evadidos, cómplices del Tirano en sus claudicantes fugas individuales y en su clamorosa desorganización política... Para que el Reglamento se observara, y no pudiera infiltrarse el enemigo en la colectividad insumisa, hubo que apuntalar una policía, un aparato judicial subterráneo, y un sistema de espías y delatores convenientemente recompensados. El gobierno, el Reglamento, la policía y los tribunales no tenían más objeto que velar por la "coherencia" en la vida de los exiliados, eliminar cualquier fuente de "contaminación" burguesa o de "mixtificación" ideológica, salvaguardar la pureza revolucionaria de la organización y vigilar su militancia efectiva, su real implicación en la causa de la lucha contra el Dictador y a favor del Comunismo flagelado...

Por razones idénticas a las que determinaron la perversión de la democracia popular bajo la maquinaria burocrática comunista, también degeneró el control "democrático" de las intervenciones y de las iniciativas bajo este autogobierno chileno clandestino... Si todavía pudiésemos creer en el valor de alguna ciencia, correspondería a los historiadores aclarar esta cuestión: descubrir cómo una comunidad que, libre y democráticamente, se *impone* una Normativa, una Legislación, parece a continuación bajo ese mismo Código -y, o deja de funcionar la democracia, o funciona sólo para justificar y extender los crímenes cometidos en su nombre...

Según el Reglamento de la colonia chilena de Budapest, un par de *aliados de la Dictadura*, sanguijuelas del compromiso y de la consciencia, asediarían desde el primer momento a los exiliados,

hombres y mujeres de cultura comunista en la sangre, y amenazarían con apartarlos de su ejemplar camino revolucionario: el alcohol y la sexualidad. Bajo ningún pretexto, al amparo de ninguna razón, un militante comunista chileno debía acudir a los "börözök" y degradarse a sí mismo presa del falso consuelo del alcohol, como un pequeñoburgués maltratado por la crisis de sus valores o un combatiente débil, derrotista y desesperanzado. Tampoco se podría excusar en modo alguno la práctica de una sexualidad omnívora y absorbente, puramente escapista, acogida a la liberalidad frívola, carente de toda hondura, de las gentes del Este. No sólo se castigaría, expeditivamente, el adulterio, la asistencia a los prostíbulos, la promiscuidad viciosa y perseverante, sino también la vinculación sexual y afectiva -pasajera o no- a un natural de aquellos países. De esa unión, en apariencia "inocente", sólo podría seguirse un obstáculo para la lucha (el amor que esclaviza, amor de los esclavos) y un probable extravío ideológico, alentado por la convivencia con un ser de diferentes criterios e intereses... Se prohibiría sin más el emparejamiento (o matrimonio) con los hombres y mujeres del Este, se perseguiría toda relación sexual o afectiva fuera del reducto chileno.

No bastaría con dotar del celo más escrupuloso esa guardia contra el alcohol destructivo y la sexualidad que ata y contamina... Era asimismo preciso neutralizar otras instancias de posible desviación ideológica y de crisis existencial desmovilizadora: había que aniquilar la propensión al turismo burgués, vacío y hedonista. Ningún chileno consciente debería, por tanto, visitar Viena, Salzburgo o cualquier otra ciudad del mundo capitalista, peligrosamente seductor... Esa entrega a los valores burgueses del sucio disfrute y de la evasión egoísta podría corromper el espíritu combativo, severo, grave, generoso y desinteresado, de los enemigos de la Dictadura. Los chilenos no estaban en Budapest para "gozar" de ningún viaje, sino para prepararse sin descanso y aguardar la hora del enfrentamiento definitivo.

Junto al peligro del hedonismo viajero existía también el de la paternidad excesiva: una familia numerosa, con hijos menores que mantener y educar, podría ser una tara, un escollo, para cuando llegase el momento de la reincorporación a la lucha efectiva en territorio chileno. Si la mera familia funcionaba en todo lugar como un aparato ideológico del Estado opresor, y la paternidad constituía un agente del "acomodo" y la "integración" en el Orden establecido (un factor de aburguesamiento), en el caso de los exiliados chilenos la prole excesiva equivalía a la paralización absoluta del revolucionario -no sólo un ancla, también un certificado de defunción como comunista y como resistente. Yerro grave el de la procreación irreflexiva, merecería sin embargo un castigo timbrado de indulgencia: la censura pública en una Asamblea ordinaria. Sería cometido del gobierno evitar, por la vía de la persuasión, ese género de "suicidios". No se aconsejaría tener más de un hijo por pareja...

En general, el comportamiento cotidiano de los chilenos habría de destacar por su rígida observancia moral: seguimiento de una moral no-burguesa, por supuesto; de una moral revolucionaria por comunista, forjadora de hombres nuevos para el nuevo mundo.

Este control de la vida cotidiana por parte de los representantes "elegidos" de los chilenos (el autogobierno popular) requirió la puesta en funcionamiento de una policía secreta y un sistema de delación generalizada. Era misión de todos los exiliados, uno por uno, vigilar a sus vecinos, a sus compañeros, a sus familiares; y denunciar a los transgresores de la Normativa, peligro potencial para sí mismos, para la colectividad de los chilenos, para la lucha contra Pinochet y para la causa de la "emancipación" obrera. Por doloroso que resultara, había que localizar a tiempo los focos de infección de la comunidad comunista y extirparlos con toda la contundencia que la lucha contra el Fascismo exigía. En la medida en que todos los chilenos fueran coherentes con sus propias ideas, consecuentes, conscientes de la gran tarea que les había sido asignada y de las dificultades que ésta entrañaba, no haría falta, siquiera, el recurso constante a la policía

secreta: todos y cada uno de los exiliados denunciarían los síntomas de "contaminación", "desviación", "escapismo", "claudicación" o "autodestrucción" perceptibles en el comportamiento de sus compañeros y, de esa forma, asegurarían la buena marcha de la lucha "revolucionaria" en Chile. A cada familia inmigrante incumbiría la vigilancia de su escalera, de su calle, de su barrio; a cada trabajador, el control de su fábrica, de su taller, de su tajo... Si este sistema de auto-observación colectiva, libre y espontánea, funcionaba bien, la policía secreta no tendría otra finalidad que llevar a cabo las actuaciones insoslayables de "búsqueda", "persecución" y "detención" de los infractores. Y, en un futuro cercano, llegaría incluso a disolverse, en tal que la conciencia de los chilenos, ya de por sí vasta y profunda, se depurase hasta el punto de empujarlos a intervenir por sí mismos y a perseguir, localizar, detener y castigar a sus compañeros insolidarios...

Villalobos, campesino sencillo, no entendía las sutilezas de la "estrategia revolucionaria", pero compartía de corazón los principios generales del pensamiento comunista -esa igualdad, esa libertad y esa ausencia de explotación que, habiéndolas deseado para sí, las deseaba también para todos sus semejantes. Por eso se extrañaba del rigor del Reglamento, aunque al mismo tiempo le parecían muy convincentes las razones por las que se había establecido y las justificaciones particulares de cada prohibición. Era, pues, Juan, un hombre que pensaba con la cabeza de su época, con la Razón de aquellos años, tal y como se encarnaba en la comunidad insurrecta de los chilenos exiliados. Su sensibilidad, sin embargo, como suele ocurrir en los tiempos sombríos, cuando se vive entre dos luces, no sé si más alba que crepúsculo, pertenecía no tanto al presente como al futuro, no tanto al presente como al pasado, quizá no tanto al pasado como al futuro: el hecho mismo del castigo se le antojaba, por alguna inefable razón, odioso y vergonzante, y todo su ser se rebelaba, aunque sin argumentos, contra la supuesta necesidad de denunciar a los amigos "por su propio bien" (según se decía), por el bien de todos los chilenos e incluso el de la Humanidad misma. Sentía cada sanción a un compañero como un escarnio a su persona, cada persecución como un apuñalamiento por la espalda; y en la huida de los "insolidarios" era capaz de ver, según su estado de ánimo, o bien al traidor que guiado por su egoísmo sin límites compromete a toda la comunidad, o bien al liberto por fin dueño de su propia voluntad y de su propio deseo, enfrentado a la crueldad de todas las normativas y torturado por el aguijón de difusas coacciones anónimas.

Y el hombre que ocultaba a sus hijas en un cuartucho de espanto, húmedo y oscuro, que últimamente les daba de comer sólo dos veces al día, en un único (siempre sucio) recipiente, y, por otra parte, procuraba estar fuera del hogar todo el tiempo posible; el muy ofuscado hombre que había ido incubando cierto ultrajante odio a su mujer, como si la culpaba de una desdicha tan insufrible, que tendía incluso a recluirla ya junto a las niñas, que apenas hablaba con ella ni la miraba a los ojos, refugiándose en una soledad rabiosa de soldado en medio de la batalla; este mismo hombre, sustancialmente bueno, debía esconderse de sus amigos, de los espías y de los chivatos, debía inventar excusas para salir de casa, sin despertar sospechas en su propia esposa, y encontrarse a hurtadillas con Edgardo, nuestro común allegado, en un triste bórözö de las afueras, perdido entre las "conejeiras" y las factorías, con la molesta sensación de cometer algún pecado, de incurrir en alguna falta, pero con el secreto placer de transgredir una norma, de violar una ley y recuperar la existencia... *Se escondía en aquella bodega de la intransigencia de sus compatriotas y del cotidiano tormento de su hogar, se escondía del fortalecimiento de la burguesía en Chile y de la crisis general del comunismo, se escondía del fracaso de todos sus proyectos (el taller propio, la familia numerosa, la casita en La Serena,...) y hasta de su insuperable marginalidad en un país extraño, una vivienda maldita, un mundo injusto y opaco. Sentía allí la monstruosidad de todo cuanto le rodeaba y, algunas veces, del brazo*

del vodka, su misma iniquidad, la forma de inhumanidad que le era propia. Se sentía allí "víctima culpable" de un tiempo que no entendía y que la hacía daño. Nada le aferraba ya a la vida: ni la tierra en la que, como un fatal estigma, se nace y a la que sin motivo se ama; ni las ideas a través de las cuales uno aprende a juzgarse y sojuzgarse; ni los grilletes de afecto que nos condenan a la cordura y a la existencia feliz y trivial... Vivía para torturar a su gente y ser torturado por todo lo demás. En algún sentido, era "inocente" de no poder soportar el horror y de no saber defenderse de su opresión más que con los mismos medios del horror. Y se sentía "culpable" de seguir, quizá de vivir simplemente, de no dejarlo todo de algún modo, empezar de nuevo o acabar de una vez, romper por alguna parte aquella cadena del dolor, irse o suicidarse...

Compartía yo mismo, en cierta manera, esos sentimientos. Ya en el pasado me había acostumbrado a soportar el horror de la Enseñanza, de mi país, de todo trabajo, vengándome de diversas formas en cuantos me rodeaban: en las mujeres que usaba como alcohol de quemar, para un fin extraño a ellas mismas e indiferente a la suerte de la relación; en los amigos que con tan desusada saña combatía, para que no me confundieran con uno de los suyos; en los padres que no visitaba o que visitaba sólo para maltratarlos; en mí mismo, abocándome sin vacilar a una lenta y jactanciosa, acaso también estética, autodestrucción... No me sentía muy lejos de Villalobos por aquellos días, sin ideas en cuyo falaz y casi inevitable regazo adormilarme, familia que destruir, patria por la que perpetrar crímenes, afectos que me hundieran en la común salvación de los seres vulgares... Mi última esperanza, el monstruo de la Fuga, hinchado su vientre como el de las hijas de Juan, grávido de palabras perdidas para mi escritura, se consumía en la tristeza y en la derrota deforme del Regreso, en la lóbrega reclusión del Trabajo y del País... La fealdad de una Fuga impracticable, no sé si abortada o suspendida, proyectaba sobre mi espíritu escindido el horror del que siempre me había considerado padre y hermano. Y en aquel eclipse de los soles fugitivos, escondidos en cuartuchos de ignominia, sin ninguna mentira de reemplazo a la que asirme y bajo cuya luz dar vueltas sin cesar en torno a un mismo y único vacío, ya sólo me sentía libre para una cosa: para precipitar mi propia caída..."

Si en Villalobos se cebaba la ruindad de una lucha que parecía haber perdido el corazón, convirtiendo a su antiguo agente en presa privilegiada, ante mí -hombre sobre cuyo extravío se cruzaban rutinariamente los juicios más opuestos- la lucha siempre había mostrado una enloquecedora indulgencia, unos inquietantes refinados modales de vieja dama. Y yo me revolvía contra su engañosa bondad, procurando arrancarle (mis manos de campesino restablecido contra su garganta de hielo) un último servicio: que también se ensañara conmigo, que aún me brindara el honor de reconocermelo como su víctima. Que reparara en mí, con sus inmensos ojos vacíos: *un hombre que deseaba ser devorado por su propia lucha, devenir baja de guerra, degustar el máximo dolor que la contienda puede proporcionar*. Me seducía, por completo, la idea de hallar el castigo como recompensa, de merecer el premio de la ejecución -pero un castigo y una ejecución servidos por el Enemigo. *Me dominaba el deseo de sucumbir lentamente bajo la espada del Adversario. Quizá pretendía cerciorarme así de la realidad de mi lucha y, en torno a ella, de la realidad de un círculo de Peligro*. Me exponía, sin embargo, sólo a una pequeña muerte, muerte indigna de llamarse "muerte". Y no la temía porque bajo su aval percibía una vaga forma de liberación...

Para propiciar -sin conseguirlo- mi expulsión de la Enseñanza, cursé una escalofriante carta de auto-denuncia. No surtió efecto (la lucha me hacía su hombre, y no su víctima; me colmaba de amor y reservaba para otros su capacidad de odio; y yo padecía ese exceso de afecto, esa imposibilidad de hacerme herir, como una bajeza y una

humillación), pero dio pie a mi primer abandono de la docencia, a mi primer escaqueo por el laberinto de la Fuga. El espíritu de la escapada me arrastró al Este, donde conocí a hombres que sí habían conquistado el odio de sus luchas, que sí habían merecido su castigo, hombres que por fin habían podido sentarse en un trono de bayonetas: Edgardo, Juan y tantos otros... Porque habían sufrido la ira de su propio combate, sabían que habían batallado; y en que habían errado el tiro reconocían que era un arma lo que un día empuñaron. Pero ése nunca fue mi caso. El enigma de mi lucha rayó siempre en lo absoluto, jamás cayó en ningún cepo de la interpretación... He aquí la carta:

AL ILMO. SR. DELEGADO TERRITORIAL DE LA CONSELLERÍA DE EDUCACIÓN Y CIENCIA DE LA GENERALITAT VALENCIANA EN ALICANTE.

"Entre los invitados, profesores todos,
tomó asiento un asesino."

Thomas De Quincey

Desde vuestra perspectiva -y como si fuera uno de los vuestros-, me veo forzado a denunciar el mantenimiento de un ambiente de profunda corrupción, irregularidad sostenida y prolongado ilegalismo en el I.B. "Gabriel Miró" de Orihuela. Denuncio, en concreto, la gestión del Director del mencionado Centro, del Jefe de Estudios del Nocturno y del Director del Seminario de Historia, encubridores ambiguos de uno de los más radicales ejercicios políticos de la Corrosión en la Enseñanza que hasta el momento he tenido la oportunidad de protagonizar y hasta de concluir.

Sólo aprovechando la relajación permanente de los hábitos administrativos y la violación mayúscula de las principales figuras legales en este laberíntico Instituto del Sur, me ha sido posible transgredir de forma progresiva, concertada y sistemática, hasta donde alcanzaba mi imaginación y sin el menor escrúpulo, el Orden de vuestro nefasto Aparato Educativo (temario, evaluación, autoridad, asistencia, disciplina,...). Cabe además la posibilidad, y escribo esto con especial satisfacción, de que semejante clima de extrema permisividad y más que honda dejadez me haya servido de refugio y escondrijo para incurrir en una persuasiva apología de eso que tan desacertadamente denomináis 'terrorismo' -a saber, la lucha del pueblo vasco por su plena emancipación social y nacional. Finalmente, sólo el hundimiento generalizado de la normativa legal en este extraño Centro me ha permitido exhibir ante mis alumnos, sin esconderme de nadie y desde la más absoluta impunidad, un comportamiento inejemplar, deliberadamente irresponsable -"causando un considerable perjuicio a los alumnos y lesionando gravemente los intereses legítimos de los padres", como dirán aquellos que nada saben del significado político de la irresponsabilidad consciente... En cualquier caso, tanto el Jefe del Departamento de Historia como el Jefe de Estudios del Nocturno o el propio Director tenían conocimiento (los dos primeros desde hace ya casi dos años, y el último desde el inicio del curso) de mi escandalosa insumisión a la lógica docente -vuestra lógica.

Solicito, pues, la apertura de una investigación rigurosa. Y, habida cuenta de que el Inspector D. José Manuel Sánchez Mesa se hallaba informado de mi desajustada práctica desde principios de año (fecha en la que le remití la justificación teórica de mi estrategia de la desestabilización), denuncio también su "complicidad" por probable incompetencia y su desconcertante pasividad ante el deterioro de la situación.

De la investigación que reclamo espero todavía un último resultado: que se identifique a aquellos que han desencadenado contra mí un proceso estrictamente kafkiano (sucesión de advertencias anónimas a través de Jefatura de Estudios, chantaje implícito en diversas ocasiones con el objeto de que no permanezca en Orihuela un curso más, intermitente amenaza de denuncia por padres que mantienen su identidad en la penumbra,...), culminado por una actuación de la Inspección del

más puro corte "arqueo-fascista" -interrogatorio máximamente concreto en el que apenas se me concede la oportunidad de preguntar por el sentido de la reunión o de explicar los fundamentos generales de mi opción metodológica... Proceso, en fin, desarrollado al amparo de la más completa desinformación y del más impenetrable secreto.

A vosotros, máquinas o resortes de máquinas, hombres de la ley y de los poderes, atañe arrojar luz sobre lo que está sucediendo en este insospechado, apenas real, Instituto. A mí, hombre de la anarquía excesiva y del desorden sin límites, me corresponde obstruir festivamente vuestra práctica e incrementar hasta el final vuestros problemas. Y aunque presiento que lo vuestro (la policía de la Enseñanza) no ha sido diseñado tanto para manejar el hacha como para administrar los sobornos, mantengo todavía la esperanza de que me recompenséis con el estímulo de una noble lucha. De lo contrario, abandonaré la Educación persuadido de que la vida se ha fugado de este infernal "criadero de carne de salario y alma de tuerca bien engrasada" -y en su precipitada huida no ha dejado, tras sí, para el que la persigue, más rastro que la osamenta residual de los últimos reformadores. La Enseñanza: un trozo de hueco y el descuartizamiento programático de la subjetividad aún libre.

Pedro García Olivo

El Enlace sonrío súbitamente. Parece sentirse seguro del éxito de su última maniobra. Creo que no me ha tomado en serio, y por eso sonrío -porque se sabe por encima de mi opinión sobre él y sobre su lucha. No trata de convencerme: ha perdido la esperanza de entenderse conmigo, un hombre que lo ha defraudado demasiado profundamente. Sonríe porque me ve vencido, condenado a hablar de su lucha y a creer que con mi escritura acerca de los demás de alguna manera también yo lucho. Félix parece haber descubierto mi terrible fragilidad, la inseguridad que me constituye como un manojo de teorías, un saco de palabras. Se diría que se apiada de mí. Suscito su compasión. No es que yo, como persona, no valga la pena a sus ojos; pero considera que me he equivocado de tiempo. He llegado tarde, o demasiado pronto. Me he equivocado de tiempo, lo cual es aún más grave que equivocarse de lucha. Soy Félix y soy Edgardo, soy Juan y sus hijas, soy Cándido y El Jineta, y el hombre de la Contrapartida, soy El Rollico... Pero fuera de lugar, de tiempo, a deshoras. Un espantajo de la lucha, o la lucha como espantajo.

-*"Mire, lo que le voy a contar de Arroyofrío no creo que le vaya a servir para mucho. Usted ya había fijado sus ideas antes de esta conversación. O no tenía ninguna idea, y sigue sin tenerla. No creo que yo pueda ayudarle en lo más mínimo. Nadie puede ayudarle. Si se desconfía de todo, se puede ahorrar una hasta las palabras... Yo no he oído nada de ese tal Cándido, ni del encuentro de Jabaloyas. Pero sí he oído hablar a menudo de la masacre de Arroyofrío. Varios de por aquí le podrían dar las mismas noticias que yo voy a referirle... Y con esto se demuestra que se perseguía a los maquis por todos los medios, encarnizadamente. Y no se retrocedió a la hora de utilizar a inocentes, de sacrificar a personas que incluso ya habían mostrado, de buen grado, su aceptación de la nueva situación, conformes ya con el Nuevo Régimen. Pero era ésta una guerra sucia, y en las guerras sucias no se repara en los medios...*

Para atraer a los maquis a Arroyofrío, el cabo de la Guardia Civil de Terriente, que era un individuo sin escrúpulos, un salvaje, yo creo que un sádico, y que, por cierto, hace poco que murió en un asilo de ancianos de Zaragoza, este hombre, detuvo una tarde a un pastor un poco simple, que se llamaba Benjamín, y, acusándolo sin motivo de colaborar con los bandoleros, le propinó, allí en el monte, una paliza que por poco lo mata... Benjamín bajó al pueblo como pudo, y refirió lo sucedido al boticario que, a falta de médico, lo atendió. El boticario era un buen hombre. Estaba casado con la hija del alcalde, y lo mismo hacía las veces de veterinario que de médico. Lo mismo se ocupaba de la botica que hacía el servicio de un alguacil o de un

gestor... En Arroyofrío se le estimaba mucho; y es que, de un modo o de otro, siempre veía la forma de echar una mano a la gente... Pues cuando terminó de curar a Benjamín, el boticario, Luis, fue a buscar a su mujer para que informara al alcalde del suceso... Y no la encontró. El que sí la encontró fue el mismo cabo de la Guardia, al que llamaban El Rabote, que, de buenas a primeras, empezó a golpearla sin darle ninguna explicación... No paró hasta que le reventó un pecho. Y después, para justificarse, le dijo que aún le reventaría el otro como volviera a encubrir a los maquis. Y lo bueno es que tampoco esa mujer, como Benjamín, había tenido en su vida nada que ver con los guerrilleros, máxime siendo como era la hija de un alcalde franquista, que había hecho la guerra con los nacionales... Esa noche, cuando se supo lo ocurrido, todo el pueblo de Arroyofrío se conmovió. Estaba, como puede comprenderse, indignado con la Guardia, muy exaltado. El Rabote y sus hombres pusieron pies en polvorosa. Y se ve que a los del Morro del Gorrino, siempre al tanto de lo que ocurría en la zona, les llegó la noticia de ese malestar, de ese ambiente que había en el pueblo en contra de la Guardia Civil... Y, para aprovechar la penosa circunstancia en beneficio de sus ideales, pensando que ningún agente se atrevería esa noche a pisar el pueblo, la partida bajó a la aldea rayando ya en la madrugada, y repartió por aquí y por allá sus papeles, sus panfletos, uniéndose al sentir de la gente por la doble paliza... Y para cuando los del monte ya se disponían a regresar a sus refugios, después de recorrer las calles del pueblo con sus gritos de "¡Abajo la Dictadura!" y de hacer, en fin, acto de presencia en aquellas tristes horas, para cuando ya regresaban tranquilos a su campamento, en eso les cayó la Guardia, que los había estado esperando desde el principio, y no dejó ni a uno solo con vida... El apaleamiento de Benjamín y de la hija del alcalde había sido una trampa para atraer a los guerrilleros y allí mismo liquidarlos. Como Luis se les enfrentó por lo que habían hecho con su mujer, también lo detuvieron. Se le acusó de colaborar con los bandidos..."

-¿Y no le pasó nada al cabo de la Guardia? ¿El alcalde no intervino para que lo castigaran por haber torturado a su hija?"

-"Lo desplazaron, para cubrir las apariencias. Pero no se metieron mucho con él. Ya le digo que murió hace poco en un asilo de Zaragoza, y que no ha tenido mala vejez..."

Ignoro todavía a qué proyecto se someterá esta entrevista, que tiende ya a desfallecer después de una larga tarde-noche absorta en sí misma. Es probable que algún día me apoye en ella para organizar un relato... El tema del "coraje" (como determinación de resistencia, al margen de toda esperanza e incluso más allá de la desesperación) me atrae, y casi me obsesiona, desde la última apagada navidad. Ya esboqué un relato breve, titulado "Rescoldo del coraje I. El maquis", que narra la historia de Basiliso, El Manco de La Pesquera. Quizá debería completar la serie con un "Rescoldo del coraje II. El Enlace". No sé... Empiezo también a desbastar los materiales heterogéneos que pronto engarzaré para constituir el armazón de una novela corta, asaetada de intervenciones en torno al asunto displicente de la Pasividad. No me interesa demorarme en una especie de fenomenología del torpor, del aburrimiento o de la dejadez. No me afiliaré a esa rama del neoesencialismo contemporáneo que se entretiene en la descripción minuciosa del Hastío, procurando revelar toda la complejidad psicológica, y conceptual, del torpor cotidiano o del torpor creativo. Pretendo recuperar el aura de un tono antiguo, el acento de una escritura extemporánea, quizá anacrónica, en la que destelle una pasión de otro tiempo y de otros hombres, militante, sugerente de un romanticismo y de una insumisión añejos y ya casi tediosos. Busco una escritura beligerante que redunde, una vez más, en el desprecio de toda pasividad, en la repulsa de la entrega (ya sea bajo la forma de la deriva o del claudicante pensamiento débil), en la abominación del acomodo. No descarto la posibilidad de que esta entrevista me sirva en su momento para articular una de las líneas narrativas de esa novela. Entre los fragmentos que, diseminados por mi

cuaderno de notas, retienen ya la semilla del borrador, como un apunte por reelaborar y desarrollar, hallo el siguiente párrafo. Y creo que, en su simplicidad de bronco alegato, en su molesta ingenuidad (muestra de honesto extravío y no de infancia recobrada), encierra el tono, casi el sentir, el acento que persigo; pero no hallo en él la forma de escritura que quisiera hacer mía, mi propio indoblegado modo de expresión.

"Se ha enrarecido la atmósfera que sepulta al hombre común del fin del milenio. No sólo respira la vaharada mortal de sus fábricas destructoras y de sus inhabitables ciudades; también inhala el husmo de su propia pasividad. Husmo: olor a carne en descomposición. No es sólo el mundo del hombre el que se consume entre sepulcrales vapores, no sólo se percibe el tufo de todo lo que le rodea, de un 'exterior' que deviene hediente pudridero; es también el hombre en sí, con su corazón y con su carne, el que se descompone. El husmo que exhala el hombre del fin del segundo milenio es el husmo de la pasividad, el sahemerío de su antigua voluntad de lucha. Aún cuando se equivocaba de frente, cuando erraba el tiro, cuando servía inconscientemente a su Enemigo, el hombre de la lucha antigua, el hombre antiguo, salvaba su piel, su cuerpo, del entumecimiento y de la putrefacción del no-hacer. Enclaustrado en el laberinto de las opresiones contemporáneas, el hombre de la resignación y del acomodo, de la rendición y de la retirada, hombre del hueco en el pecho y de la inteligencia prostituta, pierde hoy la carne, asiste a la ruina de su cuerpo: sus palabras no dicen nada, sus ojos ya lo han visto todo, su corazón late sólo por compromiso -todo su ser rezuma un licor emponzoñante. Es el husmo de la pasividad: hedor a hombre en descomposición."

Interrumpe mi trabajo la súbita comprobación de que el porvenir me reserva todavía una especie de soledad segunda, soledad en medio de la soledad; una forma más honda de silencio, que ya no se distingue de la desolación; un juego de puñales vestidos de palabras, ávidos de acuchillar la entraña de mi mínima esperanza. Al cabo de un año de la defensa de mi tesis doctoral, un poco demasiado colérica como ya señalé, la directora de aquel estudio, que también recluyó "Escarbar no es el arma" en el crematorio de los textos gratuitos, callados a punta de pistola (y a la que me referí en masculino, por pudor o por respeto), me hace saber que ya no puedo contar con ella para mis rípidos asuntos académicos. Dice no haber superado todavía el trance amargo de mi presentación de la tesis, en el que al parecer se sintió agredida... Siendo verdad que aquel día manifesté mi más absoluto desprecio hacia los historiadores, y que pretendí enterrarlos bajo un cúmulo de metáforas y de símbolos impertinentes (policías, verdugos, parásitos, máquinas, azotes de la esfera intelectual,...), nunca pensé que con mis palabras pudiera herir también a la persona, al ser humano, que tiritaba de despecho bajo aquel uniforme de científico social. Pero tras haber descubierto, al precio del enojo, que esa mujer, a la que había tenido por una amiga, mucho más que una historiadora y que un enemigo -mi amiga-, no distingue ya su ser de su oficio, y es antes que nada un oficio y sólo después el ser que se protege así del vacío y de la insignificancia; tras descubrir que esta mujer ha alquilado su garganta y hasta su corazón, ha perdido al animal primario que un día emergió del vientre de otro animal, ya no me importa desprenderme de su recuerdo, y de su afecto, como quien se arranca un piojo del cabello, una costra del espíritu. Para extirpar de mi memoria la sombra increpante de esta historiadora, le enviaré una carta de despedida:

"Entre la razón y la locura hay un tabique muy fino. Nunca me importó estar de un lado o de otro. A menudo, me he sentido exiliado de ambos mundos. Pertenezco al reino de los que, sin estar locos, no pudieron ser cuerdos. Una fatalidad preside mi existencia: brizna de

hierbas entre adoquines, me agostaré en la soledad, donde siempre, acuchillado de gentes, he inventado mi vida. No tengo nada que ver con los hombres organizados. No labro mi sepulcro en ninguna institución. A la sociedad le debo el pan y el odio; lo que ella me debe, se lo perdono. Todo cuanto puede darme, está manchado de horror... Cuando era joven y vivía sin consciencia, a salvo de los remordimientos y de la premeditación, una consigna fortificaba mis días. Decía así: "Los Mundos Convulsos, el Pensamiento Errante, la Vida Irregular; y Ahora Tú". Atravesando hoy el umbral de mi primera vejez, de vuelta ya del candor aventurero de toda consigna, me sujeto sin embargo a un texto que me acompaña como una esposa -y que tú deberías haber sabido leer en mi forma de estimarte y rehuirte. Esto dice: "En relación conmigo, hay una esperanza que cualquier persona tiene ya de antemano que dar por perdida: la esperanza de poder dominarme. En segundo lugar, soy feliz". Hazte cargo. Si hay algo terrible en mí, es mi franqueza. Y aunque en nada valoro la bondad, no soy más que un hombre bueno. El hombre bueno hiere a derecha y a izquierda. No desea dañar a nadie, pero tampoco puede remediarlo. Tiendo a ser caótico -¿por qué habría de no serlo? ¿Qué es lo que tanto temes del caos? Sé que te herí muchas veces. Tú jamás ofendes a nadie: ¿no habrás nacido muerta, de padres que nunca han vivido? Lamento de corazón haberte maltratado. Discúlpame. Los mundos que tú vives desde dentro y que forman ya casi parte de tu piel; yo sólo los he vivido desde fuera, pero siempre han formado parte de mi pesadilla. Estoy persuadido de una cosa: no vale la pena perder el tiempo conmigo. No consentí que me enseñaran a ablandarme en la amistad. A nadie hago la vida más fácil. No sabiendo mentir, mi compañía molesta. Ni en sueños tengo un futuro que me quepa compartir con alguien; ni en sueños una voluntad duradera con que tranquilizar al menos a los demás. Vivo de paso; de paso por las tierras, por los hombres, por los pensamientos... Dices que he perdido el rumbo, que no tengo adónde ir. Quizás te equivoques. De todas formas, sí se lo que llevo conmigo. Ebrio de orgullo (recuerda a Baudelaire: "orgullo, esa defensa frente a toda miseria"), suelo aludir a mis Cuadernos de Notas, palpitantes en el fondo de una mochila siempre hambrienta de viaje, con estas palabras:

"Mis alas son un hogar"

No me aflige pensar que nuestra amistad (si eso fue lo que hubo) ha concluido. Mejor para ti. No te guardo rencor. Un día te ganaste mi aprecio; y te sigo apreciando, aunque no vivamos la misma realidad y sólo de incomprensión y miedo haya estado hecho nuestro vínculo. *Si hay caminos, desde el tuyo el mío no se ve.*

Hasta nunca

6)
Rescoldo del coraje

En medio de un cierto abatimiento, sin fuerzas para perder las horas diseñando la arquitectura de una novela corta, de una historia convencional, bien trabada en torno a algún asunto, decido incluir sin más pretexto el relato de “El maquis” y abandonar este trabajo en su actual estado de inacabamiento, en la fase del taller. Incluso así, y a pesar de su esqueleto quebrado, ya da vueltas, sobrado de sentido y de inquietudes, en torno a un punto mayúsculo. O el husmo o el enigma de las luchas. La historia de Basiliso habla también de mi lucha, de la lucha de El Enlace, de la de Edgardo El Exiliado, de la de Juan y la de Cándido. Sabe, ese cuento, del “sopor de no hacer nada”: de la pasividad y de su husmo.

Rescoldo del coraje I: *El maquis*

Me cuenta este anciano que al padre de Basiliso todavía se le recuerda en La Pesquera por lo mucho que sabía de su oficio: “nació un burro sin culo, y él se lo hizo”. Basiliso, más tarde apodado El Manco, se ganó también desde crío el respeto de sus convecinos: “a trabajar, nadie le ganaba”. “En los bancales siempre les sacaba a todos, en cualquier cosa que hiciera, más de una hilera de ventaja”. Creció y se labró un cuerpo membrudo. “Como era buen mozo, las mujeres lo festejaban a todas horas”. Después se casó por lo legal, y quiso montar una taberna con las pocas perras que le había arrancado a la tierra”. Toda la muchachería le ayudó, pues parecía impulsarle un incontenible viento del pueblo. Era como si la aldea se regalara a sí misma una cantina en la que enjuagarse el sudor de cada día y ahogar

sus penas de siglos. Un remolino de mozos y mozas convirtió, en muy pocas semanas, la cambrá de su padre, el médico de cabecera, en un sencillito garito de labradores. El viejo que me relata esta historia participó en los trabajos y amenizó la inauguración del local con su guitarra y su cante. "A la postre aún iba los sábados por la noche a entretenerle a la parroquia".

Como casi todos los campesinos de la zona, El Manco quería la tierra para el que la trabaja. Como algunos de ellos, los más audaces y los más leídos, se decía de la CNT. Cuando, brincando el año 36, éstos y aquéllos, los que encarnaban las ideas y los que representaban el número, pudieron por fin tocar la carne de su Sueño y el país se vistió de paraíso como una niña de novia, Basiliso figuró al frente de la Colectividad de La Pesquera.

Como el cura y el cabo de la Guardia Civil, tembló de pánico el terrateniente local. Pero El Manco era *más amigo de la vida que de las ideas*, y su sed de venganza no se calmaba tanto con sangre y luto como con sudor y penitencia. Por eso, cuando las ruidosas camionetas de los milicianos exaltados, orladas de banderas rojinegras, irrumpían en la plaza del pueblo y los camaradas de hierro le preguntaban, con ese extraño aire de rutina enfebrecida, "¿quién sobra aquí?", él respondía, henchido de firmeza y de coraje: "Aquí no sobra nadie. Falta pan y faltan brazos, compañeros".

Salvó así de la muerte al terceto de la crueldad destronada, pero no lo libró del trabajo. La Pesquera, asombrada y divertida, pudo ver cómo el cacique, su párroco y su perro de presa conocían por primera vez la fatiga de los pobres y caían rendidos, como alazanes reventados, al declinar lentísima la tarde. Era ésa sin duda la mejor bandera que podía enarbolar Basiliso, el mejor resumen de su pensamiento, sumario pero preciso. Y, aún así, agradeció el terceto al campesino, manco más tarde y también bandolero, que lo hubiera salvado del paredón o el paseillo.

Como se podría anotar, con el estilo arrobado de aquellos días, "se tiñeron los campos de rojo, de rojo justicia y de rojo igualdad. Un sol distinto y obrero, risa de los cielos repartidos, casi conquistados, bañaba de luz virginal las tierras de todos y de nadie". Pero no pudo durar el sueño. Pronto fue un cadáver lo que tocaron los dedos campesinos. La niña vestida de novia fue abatida por la espalda, y se encharcó en sangre su blanquísimo atavío. Cayó la noche eterna sobre el Paraíso. Y regresaron los soles de antaño, gozo del señor y azote del labriego. El rojo igualdad se trocó rojo ira y se entristecieron para siempre los cielos, de nuevo fugados de la tierra.

El Manco no huyó. Debió pensar que tampoco ahora sobraba nadie. Que faltaba pan y faltaban brazos. Pero ya no tenía compañeros. Los camaradas ululantes que desembarcaban en la plaza, entre un aterrador ondear de banderas impuestas, y rojas y gualdas, eran otros, de aspecto más sombrío, mirada torva de despecho y corazón de alambrada. El cabo y el cura no salían a su paso con la resplandeciente energía del campesino... Sin firmeza y sin coraje, saboreando aún una especie páfida de temor que les hacía sonreír como sonríe un moribundo, daban nombres y daban señas. Mas no hablaron de Basiliso. El Manco se encerró en su casa como la libertad en el pasado. Lo encubrió el sacerdote que, como una espada de Dios y para el bien de la Patria, había delatado a los más audaces y a los más leídos. Y nada dijo, por aquel entonces, el amo restablecido de las tierras y de los hombres. Como la voz de sus dueños, el guardia civil mantuvo el secreto.

La tríada de la crueldad restituida no obró así movida por un sentimiento de compasión y gratitud hacia el anarquista caído de su cielo; en lugar de salvarle la vida, prolongaba su agonía y lo torturaba con la infamia de aceptar un auxilio de tan nefando origen. "Si vives, vives gracias a la inmundicia que dices que somos, al desecho de humanidad que no enviaste a la muerte para no ensuciar las manos y que ahora te ensucia hasta el corazón, te ensucia hasta el recuerdo que dejarás en las familias de esos otros que no están teniendo tu suerte...". Sabiéndose protegido por las fuerzas del horror y de la mezquindad, como un Fausto débil que no vende su alma pero se la deja robar, El Manco sufrió su trato de favor como la más

sutil de las vejaciones. Y si no se entregó, fue porque era *más amigo de su vida que de sus ideas*; y presintió de algún modo que todavía no había dicho su última palabra. Buscado por todas partes, Basiliso descansaba bajo el cerezo de su huerto.

El mismo día en que la prensa del Régimen le imputó sus primeras cinco muertes, "en un encuentro con la Benemérita -decía la nota- cerca de su guarida en la Sierra de Santerón", El Manco fue visto por mi anciano confidente justamente debajo de aquel cerezo, a más de tres jornadas del lugar de los hechos... "No le pude decir nada porque no estaba solo y además él no quería comprometer a la gente del pueblo, que ya había padecido bastante sólo por conocerlo y haber hablado con él cuando lo de la Colectividad. Yo no supe que pensar ese día... Llevaba mis ovejas por detrás de su casa, como otras veces. Oí ruidos y me empiné sobre la tapia de su patio; y allí lo vi, tomando el sol, desnudo, en cueros, como vino al mundo, junto al otro hombre, que no era de La Pesquera".

Pero la policía del Nuevo Estado no tardó en columbrar la engañifa. Encerró a medio pueblo. Arrestó asimismo, por unas horas, al cura y al cacique. Trasladó o hizo desaparecer al cabo reo de negligencia y traición. La inocencia maltratada apenas sí arrojó un vislumbre de la verdad. Fueron el amo del pueblo y su abogado ante Dios quienes descubrieron el asunto.

Para entonces, Basiliso ya había sido alertado por un sobrino del anciano que, entre pausa y pausa, también entre lágrima y lágrima, me desgrana con toda meticulosidad esta historia. Medio ciego, no creo que perciba la tibia fascinación que se enciende en mis ojos; pero me habla sin desconfianza, con el aplomo de quien ya se sabe casi fuera de este mundo, justamente en la plaza del pueblo, ante la casa del médico que le hizo un culo al burro y en cuya cambra nuestro hombre montó su taberna. "Mi sobrino aún le llevó en carro a la estación de Utiel, medio oculto, como había hecho con otros no tan marcados. Allí Basiliso tomó un tren, y nunca más se le vio por aquí. De vuelta, mi sobrino fue detenido por la Guardia. Murió en la cárcel... A mí no me hicieron nada porque, aparte de lo del bar, no me encontraron ninguna relación con El Manco".

A partir de ahí, mi informante enmudece. De las andanzas de El Manco entre los guerrilleros se han ocupado los libros de historia y la publicística del Franquismo. La literatura amarilla lo convirtió en un asesino desalmado, y la ciencia de la historia en un maquis prototípico. De hacer caso a esta última, Basiliso se habría erigido en un luchador contra la Dictadura -un insumiso que de algún modo debería creer en las posibilidades de triunfo de su insurgencia, o en su utilidad al menos, y que prolongaría así su largo batallar en favor de los ideales libertarios... Esa es la versión de los historiadores, que anegan a El Manco en un légamo de siglas y estrategias, directrices que vienen de fuera y se siguen o no se siguen, agrupaciones guerrilleras, secesiones, disputas doctrinales, etc.,... Pero nadie que esté en su sano juicio se tomará muy en serio lo que esas gentes consumidas escriben para disimular su propio vacío y justificar sus emolumentos. Por otro lado, *aún cuando hablan de Basiliso con sus medias palabras un tanto halagadoras, aún cuando se diría que su adormecedor charloteo transfunde una simpatía tímida y acobardada hacia el campesino, aún entonces, como saben desde siempre los más audaces y los más leídos, trabajan en secreto para los enemigos de su antiguo, bello, noble, olvidado Sueño -para el cura, el cabo y el terrateniente.*

Me sugiere mi anciano, casi como despedida, que tal vez Basiliso se hizo maquis para salvar la piel, que era demasiado inteligente para no darse cuenta de que todo estaba perdido; y que si luchó y mató, mató y luchó a la desesperada, más como una alimaña acorralada que como un héroe o un fanático; que quizá se echó al monte por no poder estar en otra parte ni con otra gente, y que una vez allí haría lo que todos aunque sólo fuera para dedicarse a alguna empresa -la única a su alcance- en lo que todavía le quedaba de vida condenada.

Antes que yo, otro recolector de historias de los maquis se detuvo en La Pesquera. Y recogió este testimonio:

"En La Pesquera todo el mundo me habló bien del Manco. Y cuando les dije que se habían escrito libros en los que se le acusa de ser responsable de treinta y tantas muertes, sus paisanos se alzaron de hombros. A un campesino, con el que estuve paseando largo rato por las afueras del pueblo, se les escaparon estas palabras: 'si es verdad eso, aún mató a pocos. Ustedes, los de la ciudad, no saben la de perrerías que nos hicieron pasar algunos ricachos después de la guerra. Son los amos hasta del aire que respiramos. Y eso, no se le olvida, dura desde el año 1939'"

Si el más temido de los maquis hizo lo que se le supone, quizá aún hizo poco. Aún hizo poco. Y ya no quedan médicos que abran un culo entre los cuartos posteriores de los burros deformes, ya no quedan hombres capaces de amar por encima del odio y de odiar de verdad aquello que merece ser odiado. *Sólo quedamos nosotros, ni siquiera un rescoldo del coraje.*"

Pedro García Olivo

Aldea "Sesga", Ademuz-46140, Valencia

E-mail: pgarciaolivo@hotmail.com

